

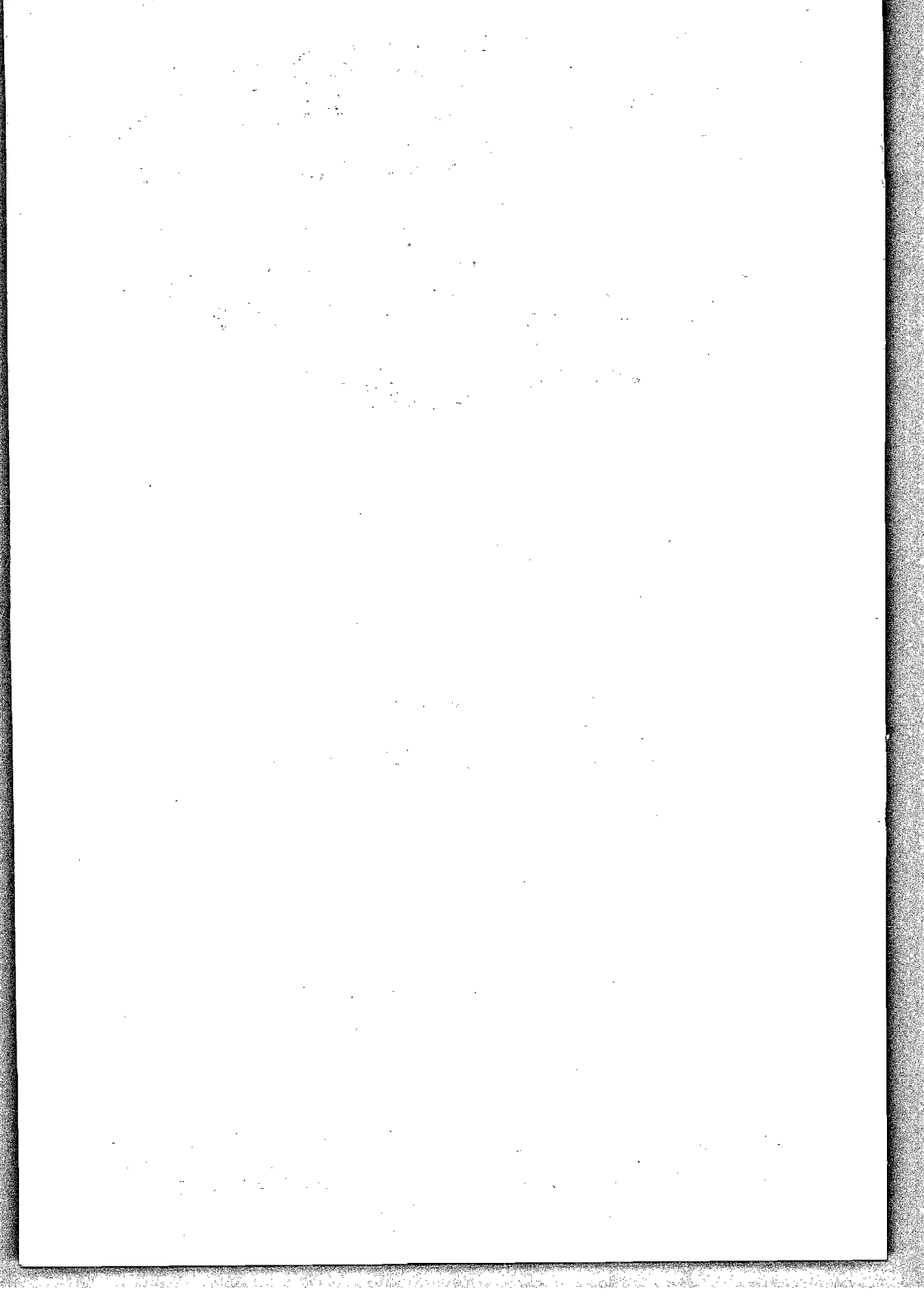


JEAN-CLAUDE DHOTEL S.J.

**¿QUIEN ERES TU,
IGNACIO DE LOYOLA?**

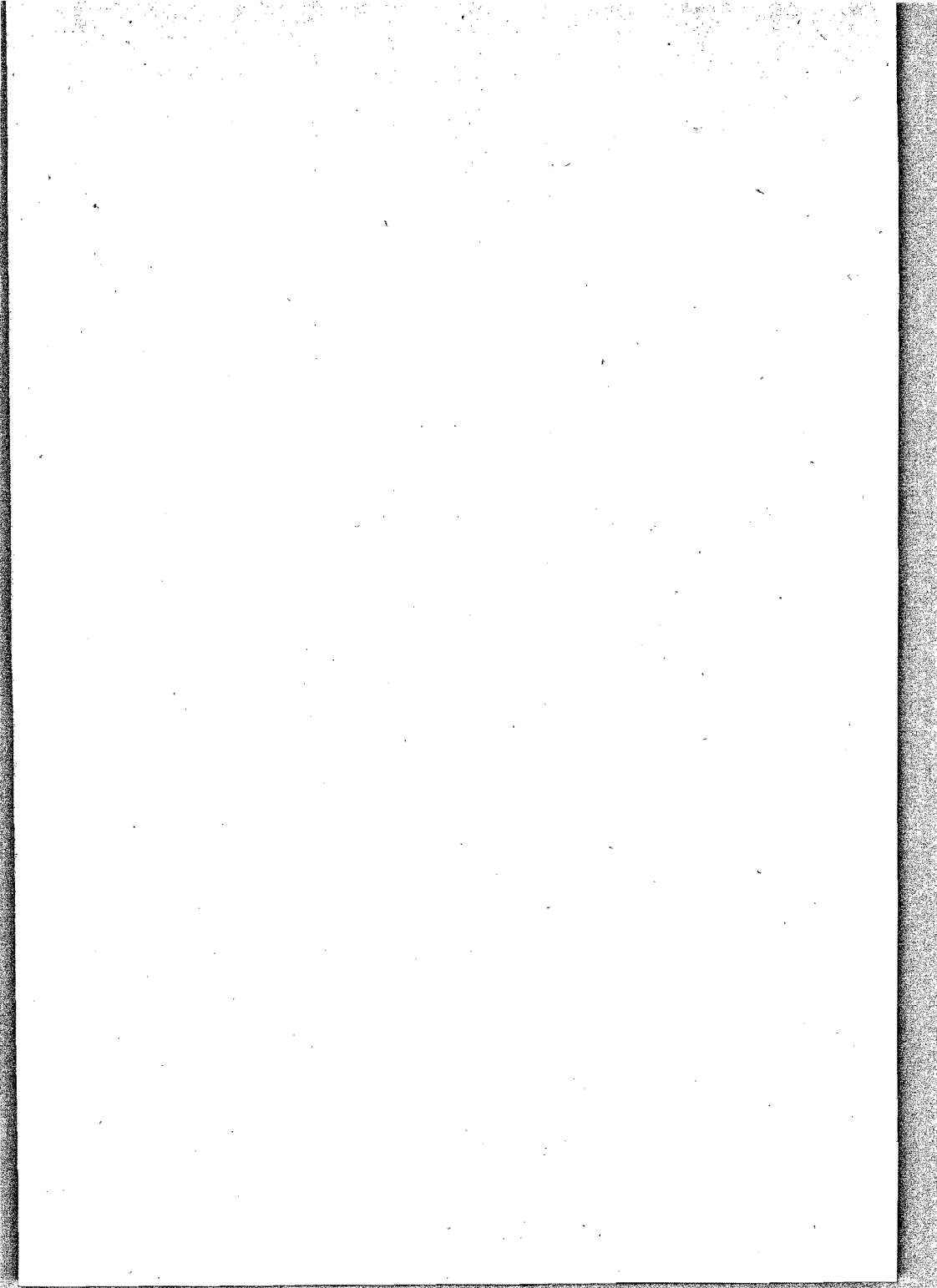
SUPLEMENTO N. 27 - Enero 1986

PUBLICACION DE LA FEDERACION MUNDIAL DE LAS COMUNIDADES DE VIDA CRISTIANA * C.P. 6139 * Borgo S. Spirito 5 * 00195
ROMA * ITALIA * EDICIONES INGLESA-ESPAÑOLA-FRANCESA.
DIRECTORA: José GSELL



¿Quién eres tú, Ignacio de Loyola?

JEAN-CLAUDE DHOTEL S.J.



P R E S E N T A C I O N

"¿Quién eres?"

Una pregunta semejante queda siempre sin respuesta: jamás se ha podido apurar el misterio de un ser humano. Al terminar de escribir, pongo una vez más la pregunta. Y espero que en la última línea, el lector desee conocer más a fondo todavía a Ignacio de Loyola.

Se trata de una personalidad hechizante que, como todo lo que hechiza, es algo tremendo. La lectura permite mantener sus distancias y, poco a poco, dejarse cautivar. Esta es la razón de que, aprovechando el ocio al que me obligaba la rotura de una pierna -pobre rasgo de semejanza con el herido de Pamplona....-, he escrito estas páginas.

Y quisiera precisar un poco cuál fue mi intención.

Ignacio, bajo la empresa de Dios, vivió a la edad de cerca de 30 años una experiencia decisiva. A través de innumerables peripecias, pruebas y cambios de ruta, en un mundo sacudido como no lo había sido desde la invasión de los bárbaros, toda su vida fue guiada por la fidelidad a esta experiencia. Para compartirla con los demás, la consignó en un folleto, los Ejercicios Espirituales, uno de esos raros libros que no se han escrito para ser leídos. Los Ejercicios no se relatan ni se leen: se hacen.

Muchas personas han hecho los Ejercicios o retiros basados en ellos, y continúan haciéndolo. En estos tiempos de incertidumbre y de desaliento, también de grandes esperanzas, que caracterizan a todas las épocas de cambio, los ejercitantes experimentan su valor. No obstante, los ejercicios no son conocidos por el nombre de su autor. Muchos resienten frente a los ejercicios una especie de aversión refleja, como si su nombre estuviese vinculado a no sé qué poder tremendo, hasta maléfico. Ignacio causa miedo. Los Ejercicios causan miedo también. Pero es raro que quien los haya hecho no dé gracias a Dios por haberlos hecho.

Constatando ésto, he querido sencillamente mostrar que los Ejercicios Espirituales y la vida de San Ignacio

son una sola cosa. Al comienzo de cada uno de los nueve capítulos, un evento preciso, con su fecha - como una página arrancada de una agenda -, marca una etapa y un giro característico, de la misma manera que los Ejercicios se distribuyen en semanas y días que escalonan el recorrido espiritual. En exergo, se leerán algunas líneas sacadas del libro de los Ejercicios, y el contenido del capítulo ilustra estas líneas, no mediante una doctrina sino sencillamente con la vida de Ignacio.

Además, no he inventado nada que no haya recibido de otros, en estas páginas escritas en 1972, y que el Consejo Ejecutivo de la Federación Mundial de la C.V.X. ha deseado reasumir en un Suplemento de Progressio en ocasión del próximo Congreso Mundial que se celebrará en Loyola.

No hay duda de que los miembros de la CVX reconocerán en la vida de Ignacio de Loyola algo del camino que han recorrido ya o que se disponen a recorrer, por lo que se verán confirmados en su pertenencia a la gran familia ignaciana.

Lo primero de todo es una fuerte experiencia de Dios, nuestro Creador y Señor, "principio y fundamento" de toda aventura espiritual, tanto personal como colectiva. Ninguna comunidad puede existir y progresar verdaderamente sino partiendo de un encuentro con Dios, en el que "El mismo se comunica al alma fiel, abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola para el camino en el que podrá seguirle mejor seguidamente" (Ej. 15). No se trata de una experiencia solitaria. Ignacio jamás estuvo solo. Desde su convalecencia en Loyola, su cuñada es quien le procura los libros que le van a poner en camino y, en sus lecturas, vive en compañía de los santos que estimulan su deseo. En Manresa, quiere encontrar a "personas espirituales" y que le ayude su confesor. Pero, el instante del encuentro, el contacto sin intermediario, se hace de persona a persona, de corazón a corazón, entre él y su Creador.

En segundo lugar, aquél a quien Dios ha poseído y aferrado siente el deseo ardiente de comunicar su experiencia y vivirla con otros. "Ayudar a las almas", es ya el santo y seña de Ignacio de Loyola. Parte para Jerusalén no sólo como peregrino, sino como apóstol de Cristo. A su

regreso, decide emprender estudios para poder transmitir a otros, en la lengua y cultura de su época, lo que él mismo ha recibido. Y ya congrega a compañeros para multiplicar su deseo. En Montmartre, el 15 de agosto de 1534, los siete primeros compañeros que han hecho los Ejercicios Espirituales se unen entre sí y hacen al Señor la ofrenda de sus personas. Ha nacido la comunidad, fundada no sobre la simpatía natural sino sobre la comunión de sus deseos. La amistad que les unió les será dada por añadidura.

Una comunidad que no pone límites a su ambición apostólica. Esta es la razón de que vaya a ofrecerse al Vicario de Cristo, aceptando por este mismo hecho el ser dispersado "por todo el mundo. La Compañía de Jesús no está todavía oficialmente fundada, y Francisco Javier ha partido ya y no volverá a ver a sus compañeros. Por eso, ninguno más que él tendrá, quizás el sentimiento de formar parte de un cuerpo cuyos miembros están 'tan unidos entre sí y tan estrechamente vinculados que ninguna separación física, por considerable que sea, podrá separarles...'".

¿No es éste el camino que se propone a todo miembro y a la Comunidad de Vida Cristiana: aquél que nos ha abierto San Ignacio y sus compañeros?

J.C.D.

SUMARIO

PRESENTACION

<i>un día del año 1491</i>	1
I. UN HOMBRE, UNA EPOCA, UN MUNDO	2

Primera parte:

UN HOMBRE PARA SERVIR A CRISTO

<i>lunes, 20 de mayo de 1521</i>	11
II. LOS SUEÑOS DE LOYOLA	12
<i>25 de marzo de 1522</i>	18
III. ¿CUAL ES ESTA NUEVA VIDA?	19
<i>viernes, 4 de septiembre de 1523</i>	32
IV. LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO	33
<i>2 de febrero de 1528</i>	39
V. SABIDURIA Y LOCURA	40

Segunda parte:

COMPAÑEROS PARA SERVIR EN LA IGLESIA

<i>15 de agosto de 1534</i>	52
VI. ELEGIDOS PARA SER COMPAÑEROS	53
<i>noviembre de 1537</i>	63
VII. UNIDOS PARA LA DISPERSION	64
<i>22 de abril de 1541</i>	73
VIII. PARA EL CRECIMIENTO DEL CUERPO	74
<i>28 de junio de 1553</i>	82
IX. EL CORAJE DE EMPRENDER	83
<i>31 de julio de 1556</i>	92

un día del año 1491

No hubo milagro en el nacimiento de Iñigo de Loyola. Una leyenda pretende que haya nacido en un establo, la noche de Navidad. Los historiadores suponen que vio la luz del día en 1491 sin más precisiones.

No habrá tampoco un periodista para lanzar en un telex el anuncio de un "milagro europeo" cuando algunos meses más tarde, un inquieto navegante de la Santa María percibirá la tierra de América; tampoco cuando, en los mismos tiempos, la toma de Granada por las tropas del Rey de España pondrá fin a la presencia árabe en Europa Occidental.

Nadie sabe a su alrededor que el treceavo hijo y último varón de los señores de Loyola tiene mucha suerte de venir al mundo en esa época. La Casa Solar - es el nombre de la mansión fortificada que aloja a la familia - hunde sus robustas raíces en la Edad Media, y la vida que se lleva pertenece todavía al pasado. El invento de Gutenberg no ha entrado en esos muros: alcanza un "libro de horas", porque se es piadoso, y un libro de cuentas, porque se es rico.

Sin embargo, la gran convulsión de Europa ha comenzado; Renacimiento, aurora de los tiempos modernos, se la llame como se la llame... es una suerte para Ignacio haber nacido al mismo tiempo que ella.

¿Una suerte? No, pero otra cosa que a partir de su conversión él perseguirá apasionadamente a través de los hechos, las ideas, los hombres: la búsqueda de Dios, "como de un hombre trabajando", en los hechos, las ideas, los hombres.

"Contemplativo en la acción", buscando "ver a Dios en todas las cosas" para descubrir su voluntad y llevarla a cabo, será el hombre que la Iglesia y el mundo necesitaban en aquella época.

I. UN HOMBRE, UNA EPOCA, UN MUNDO

Ver la inmensidad y la redondez del mundo donde viven gentes tan numerosas y tan diversas. Ver en particular la casa y el departamento de Nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea. Las tres Personas de la Trinidad miran toda la superficie o la redondez del mundo, lleno de hombres, en toda su diversidad de costumbres y actitudes: unos blancos, otros negros; unos en paz, otros en guerra; unos llorando, otros riendo; unos sanos, otros enfermos; unos naciendo, otros muriendo

...

Ejercicios Espirituales, nn.102-106

La visión que san Ignacio propone a quien medita sobre la Encarnación en los Ejercicios Espirituales es tan vasta como el mundo y tan precisa como un primer plano de cine: el planeta visto por un cosmonauta, y las lágrimas de un niño vietnamita. ¿Acaso el relato de san Lucas no ofrece la misma perspectiva? Cuando el ángel habla, caen los muros de la casa de Nazaret: se vuelve tan amplia como "la casa de Jacob", por "un reino que no tendrá fin"; se ve ocupada "por todas las generaciones" cantadas en el Magnificat, por los poderosos y los humildes, por los hambrientos colmados de bienes y los ricos despedidos con las manos vacías...

Aunque la casa de Loyola parece estar construída para estar protegida de los cuatro vientos, es necesario abrir puertas y ventanas, dejar desde ahora el país vasco, España y Europa; abrazar con una mirada la vida de Ignacio y la "espera del Universo". Porque la voluntad de Dios que le será manifestada en cada etapa no estará nunca desligada del designio que un día fue revelado en la casa de Nazaret.

EL MENOR DE LOS LOYOLA

Cabello rubio, bigote y barba, ojos negros. Talla 1.60 m. Signo particular (después de 1521): renguea de la pierna izquierda. Nacido en 1491 (?) en Azpeitia, provincia de Guipuzcoa, España. De Beltrán y de María Sáenz de Licona. Profesiones sucesivas: paje, gentil-hombre, (vagabundo) estudiante, sacerdote, superior de la Compañía de Jesús. Domicilios sucesivos: Azpeitia, Arévalo, Nájera (sin domicilio fijo), Barcelona, Alcalá, Salamanca, París, Venecia, Roma... Esta podría ser retrospectivamente, la cédula de identidad de Iñigo de Loyola.

Iñigo es su nombre. Más tarde, lo transformará latinizándolo, tal vez por devoción a Ignacio de Antioquía. Es vasco, tenaz, obstinado, algo taciturno pero alegre y vital. Fiel a la Corona de España, como toda su familia: tres de sus hermanos morirán, desde Méjico hasta Hungría, por la gloria de Carlos V.

Pasados los años felices, en casa de su nodriza - pues su madre murió poco después de su nacimiento - se alejó de los pequeños campesinos de la zona rumbo a Arévalo, como paje de la corte del Tesorero Real. A la edad de veinticinco años ingresó a la corte del Virrey de Navarra, y es a su servicio que, el 20 de mayo de 1521, una bala de cañon pondría fin a su carrera.

¿Cuál carrera? Se habla de que ha sido ante todo un soldado, y que la Compañía de Jesús ha sido calcada, en su organización, de un ejército, por causa de las palabras "compañía", "general", "obediencia"... Pero fuera de que esas palabras no han sido tomadas del vocabulario militar, y que la disciplina esté muy lejos de haber sido la "fuerza principal" de las bandas armadas del siglo XVI, hay que reconocer que Iñigo no fue un soldado de oficio. Ciertamente lleva la espada, que forma parte de su atavío. Menos puramente decorativa que la de los alumnos del Politécnico, o de los miembros de la Academia, tiene a menudo la oportunidad de desenfundarla, pero contra los provocadores de la noche o por los bellos ojos de una dama...

Tiene el sentido del honor, de la caballería, de la fidelidad al Rey; pero ninguna noción, sino rudimentaria,

de estrategia, de táctica y aún de disciplina. El terreno de sus hazañas es más bien la corte que el campo de batalla. Mejor que la armadura guerrera le sienta el vistoso traje de gentilhomme, que viste por otra parte con mucha elegancia.

Por lo demás, si bien su fe es firme, no es precisamente virtuoso. No se sabrá jamás exactamente lo que pasó en Azpeitia, durante el carnaval de 1515, a partir de lo que queda de un acta de acusación, mencionando en su contra "crímenes enormes, realizados de noche, con premeditación y por emboscada a traición"... sino que Iñigo salió del paso hábilmente.

¿Por qué detenerse? Esta primera parte de su existencia se resume en una frase de su Autobiografía:

Hasta los veintiséis años de mi vida, fui un hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente me deleitaba en el ejercicio de las armas, con un gran y vano deseo de ganar honra. (Autobiografía, n.1)

En realidad tiene treinta años en esa época. Treinta años que influyeron en la historia del mundo.

LA ESCENA DEL UNIVERSO

Lo que llama la atención cuando se mira la cronología paralela (ver la fin del capítulo) es la relación entre los hechos contemporáneos de los primeros años de Iñigo y aquellos en los cuales va a participar activamente más adelante. Iñigo viene al mundo, en efecto, cuando se levanta el telón para una de las mutaciones mayores de la Historia. Tres golpes estridentes la anuncian.

Primeramente la toma de Granada. El Islam es expulsado de Europa occidental. Pero la Media Luna va a apuntar hacia el Este, obligando a Carlos V a una guerra de desgaste contra Solimán. La guerra les impedirá, a Ignacio y a sus compañeros, ir a Jerusalén, pero siempre conservará el deseo de enviar a los suyos a la tierra de Cristo para anunciar el Evangelio al Islam.

Segundo golpe, Cristóbal Colón descubre América y Vasco de Gama abre la ruta de las Indias. El mundo se ensancha desafiando a los Apóstoles. El año en que la Compañía es aprobada por el Papa, Francisco Javier partirá para las Indias, el Japón, casi hasta la China. Poco después, un grupo de Jesuitas se embarcará rumbo a Brasil.

Tercer golpe, las guerras de Italia. El fenómeno del Renacimiento se transformará en Europeo. Ignoramos la atención que Ignacio le prestó a la construcción de San Pedro de Roma o a la decoración de la Sixtina por Miguel Angel. Pero este contemporáneo de Rabelais, (tal vez se cruzaron en el barrio latino), captará la importancia de la cultura profana y de las "Humanidades".

Todas estas iniciativas suscitadas por los hechos, estarán encaminadas hacia un mismo fin: la reforma dentro de la Iglesia.

Mientras el joven Iñigo viene alimentado de su nodriza, el trono de San Pedro está ocupado por Alejandro VI Borgia. Sin embargo, medio siglo más tarde, Francisco, sobrino del Papa, es admitido por Ignacio en la Compañía de Jesús, de la cual será el tercer "General", y la Iglesia canonizará en él al apellidado Borgia, llevado por Alejandro, César y la tristemente famosa Lucrecia. Detrás de la anécdota hay que saber ver la pasión de Ignacio por "nuestra Santa Madre la Iglesia", como él dice, y por la reforma de la Iglesia.

Es también, en efecto, la hora de la reforma. Algunos se encargan de ella: Erasmo y Lutero son mayores que Ignacio, Calvino le sigue en edad. También Ignacio, contra viento y marea, sospechoso de herejía durante quince años e investigado por los inquisidores a raíz de la "novedad" de los Ejercicios Espirituales y del estilo de vida de sus compañeros, va a trabajar en la reforma de la Iglesia, pero desde dentro.

Porque la "novedad" que él aporta al mundo tiene como fuente una profunda renovación espiritual, se nutre de una atención vigilante a las necesidades de la época, se verifica dentro de una absoluta fidelidad a la Iglesia y una obediencia total al Vicario de Cristo.

1556, abdicación de Carlos V y muerte de Ignacio de Loyola; una coincidencia... El Imperio se desintegrará, pero los mil jesuitas de aquel entonces pasaron las fronteras del Imperio. Están en "todas partes del mundo", en todas partes donde hay hombres "con diferentes costumbres y actitudes; unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo..." han sido enviados allí donde existía mayor necesidad; la más urgente y más universal. Y el discernimiento de estas necesidades se realiza durante quince años en una pequeña habitación de Roma donde, hasta la última tarde, para satisfacer una exigencia superior a lo que él podía ofrecer, Ignacio desentrañó los signos de los tiempos.

"¿Cómo puede ser eso?", pregunta la Virgen María. ¿Cómo pudo el altivo caballero llegar hasta aquí? Todo comenzó sobre los muros de Pamplona, el lunes de Pentecostés de 1521.

VIDA DE SAN IGNACIO

HECHOS CONTEMPORANEOS

Nacimiento de Ignacio de Loyola

1491

1492

Toma de Granada
Descubrimiento de América

Paje en Arévalo

1506

Construcción de San Pedro en Roma

1509

Nacimiento de Calvinio

1513

León X, Papa

"Crímenes enormes",
de Azpeitia

1515

Advenimiento de Francisco I;
Marinan

Al servicio del
Virrey de Navarra

1519

Carlos V, emperador

1520

Ruptura de Lutero con Roma

Herido en el sitio de Pamplona	1521	Los turcos en Belgrado
Estadía en Monserrat y Manresa	1522	
Peregrinaje a Jerusalén	1523	
Estudios en España	1524	Pizarro en el país de los Incas
Llegada a París	1528	Verazzano en las costas de América
El voto de los primeros compañeros en Montmartre	1534	Pablo III, Papa
Iñigo deja París	1535	
Ordenación de los compañeros en Venecia; Llegada de los compañeros a Roma	1537	Guerra entre Venecia y los Turcos
Deliberación de los compañeros	1539	
Partida de Francisco Javier; Aprobación de la Compañía	1540	
Ignacio elegido superior general de la Compañía	1541	
	1545	Apertura del Concilio de Trento
	1546	Muerte de Lutero
Pablo III. aprueba los Ejercicios	1548	
Francisco Javier en Japón	1549	
Confirmación de la Compañía	1550	Julio III, Papa
Muerte de Francisco Javier	1552	

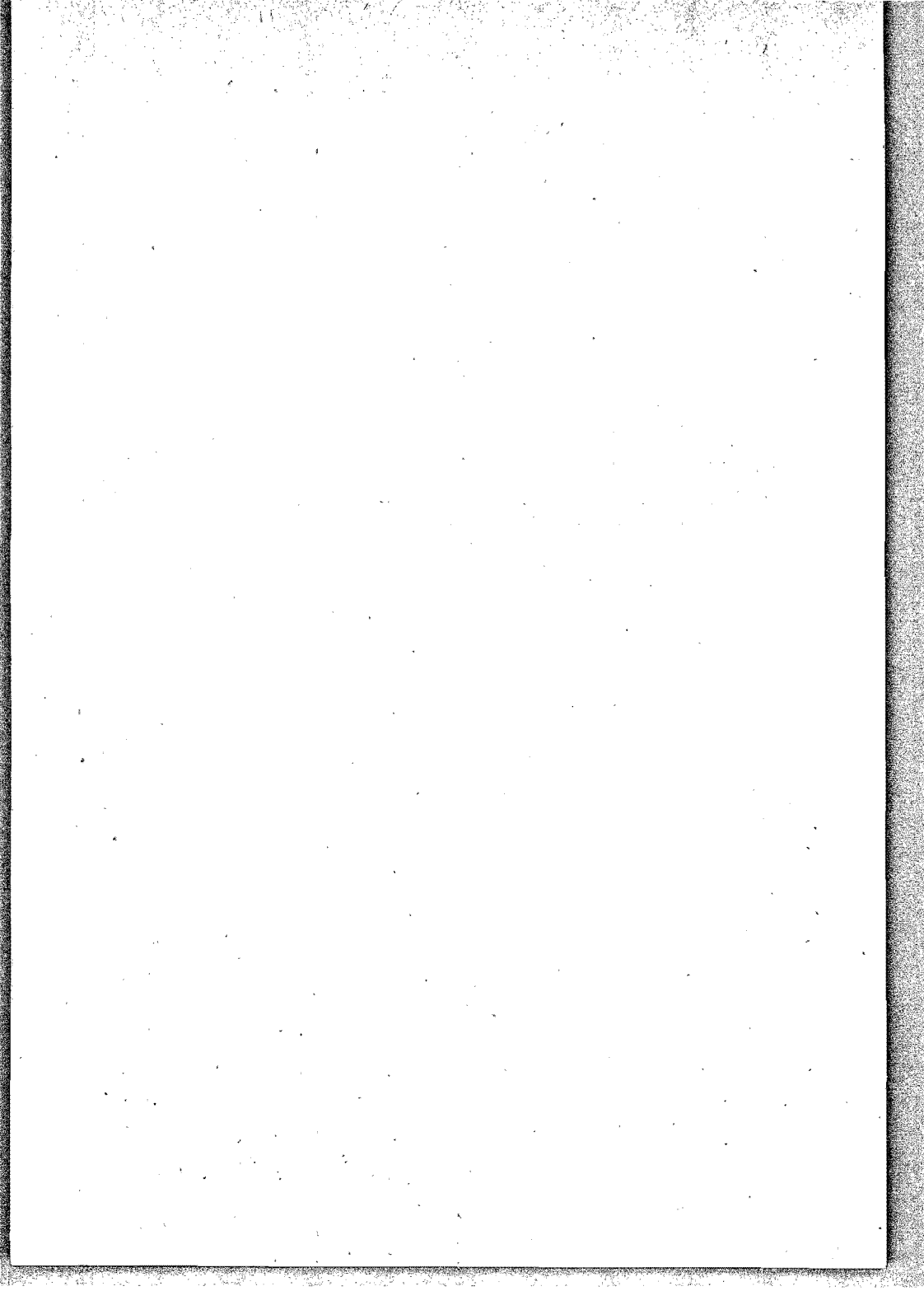
Muerte de Ignacio
(31 de julio)

1555 Marcelo II, Pablo IV, Papas

1556 Abdicación de Carlos V

PRIMERA PARTE:

UN HOMBRE PARA SERVIR A CRISTO



Lunes, 20 de mayo de 1521

Iñigo acaba de llegar a la ciudadela de Pamplona, con algunos refuerzos para Miguel de Herrera, Comandante de la Guarnición. Esa mañana, las tropas francesas, conducidas por André de Foix, entrarán en la ciudad. Pequeño episodio de la lucha entre Francisco I y Carlos V que la historia no hubiera recordado sin la aventura de Ignacio...

Herrera piensa rendirse. Iñigo quiere salvar el honor. Breve discusión: Iñigo la gana. Antes de subir a los muros confiesa sus pecados a un compañero de armas, según costumbre medieval: ya que no había sacerdote en la fortaleza.

Después de seis horas de combate, una bala de cañón fractura la pierna izquierda de Iñigo, por encima de la rodilla. La pierna derecha también es lastimada. Cae. De inmediato el combate termina.

Tratado con mucha cortesía, aunque sin mucha eficiencia por los franceses - él mismo lo atestigua - lo cuidan durante unos quince días. Luego lo trasladan por montes y valles, en una litera, hasta Loyola (casi cien kilómetros). Helo aquí nuevamente en manos de médicos y cirujanos. Es necesario quebrar la pierna por segunda vez: una "carnicería" según dice, que soporta apretando los puños.

Se encuentra muy mal. El 24 de junio le aconsejan recibir los últimos sacramentos. El 28, se le da por perdido. Pero al alba de los Santos Pedro y Pablo se siente mejor. Muy pronto estará fuera de peligro.

El 30, los españoles reconquistan Pamplona.

¡Demasiado tarde para Iñigo!

II. LOS SUEÑOS DE LOYOLA

Si es necesario prestar atención a tal llamada, dirigida por un rey temporal a sus súbditos, cuánto es una cosa que merece más atención que ver a Cristo nuestro Señor, y ante El todo el mundo que llama.

Ejercicios, n.95

"Yo te vi antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera", dijo Jesús a Natanael.

Pero, ¿qué hacía Natanael bajo la higuera? La explicación más simple, y quizás la mejor. Si es a medio día y hace calor y una higuera os ofrece su sombra, ¿qué cosa mejor que una siesta?... Tal vez Natanael soñaba. Y como era un israelita apasionado, soñaba con su país, y con el que se levantaría algún día para liberarlo, cuando Felipe vino a sacudirlo: "¡Ven rápido! ¡Lo encontré!".

Algo parecido le sucede a Iñigo. Su estado mejoró en tal forma que exigió una nueva operación - de cirugía estética esta vez - para eliminar un sobrehueso y estirar la pierna un poco acortada. ¡Lo que hubiera hecho para volver a ser un joven atractivo!...

PARA PASAR EL TIEMPO

Lo reencontramos, hacia el mes de septiembre, convalesciente. Llega un punto, en ese tipo de aventura, en que no queda más que esperar. Uno se siente bien, pero se aburre. Se mira a menudo hacia el lado de la ventana como un pájaro enjaulado. Entonces el mínimo pensamiento, el mínimo soplo de viento, un ramo de flores donde los ojos descansan, una canción que flota en el aire, y el espíritu levanta su vuelo. Iñigo escucha cantos de las mujeres que seleccionan lentejas abajo, en el patio; más lejos, el diálogo del campesino y sus bueyes... A través de la ventana de su cuarto, mira los árboles de la huerta donde los frutos terminan de madurar, y los tonos del verano.

esfumándose en las laderas del monte Isarraitz. Caída la noche -uno se duerme muy rápido cuando hace reposo forzado - vuelve los ojos al cielo y las estrellas...

También está la lectura. No se tiene interés por libros serios. Se necesita la evasión. Las novelas se apilan sobre la mesa de la luz... Iñigo pide a su cuñada Magdalena que le consiga las fabulosas historias de los Amadís y los Tristán, los libros de caballería aptos para soñar. Pero este género literario no existe en esta seria mansión. Y la piadosa Magdalena vuelve con un montón de voluminosas obras que encontró quién sabe dónde: la **Vida de Cristo**, en cuatro volúmenes, y la **Leyenda Dorada**. A falta de algo mejor...

SUEÑOS ALTERNADOS

La **Vida de Cristo** de Ludolfo el Cartujano, no es un simple relato extraído del Evangelio y los Apócrifos, es también, y sobre todo, un libro de espiritualidad. En cuanto a la **Leyenda Dorada**, es una rapsodia de citas y anécdotas, tomadas de las vidas de los Santos, apuntando a lo mismo: hacer grandes cosas, como Cristo, por amor a Dios.

Contrariamente a lo que se podía esperar, Iñigo está totalmente tomado. Hacer grandes cosas, ¿no era acaso el sueño que perseguía? ¡Pero entonces todo se confunde! Por momentos el Rey temporal, por momentos el Rey eterno. Por momentos Nuestra Señora, por momentos otra dama. El sueño le sigue al sueño.

La otra dama, sobre todo, ocupa su pensamiento. A la manera de las novelas de caballería, que con todo debe añorar un poco, de pronto parte, cabalgando por los campos para reunirse con ella, derrotando a sus enemigos, aplicándose en la composición de un madrigal. Porque, según dice, "esa dama no era de nobleza vulgar: ni condesa, ni duquesa, ya que su condición era aún más alta". ¿La Infanta de Castilla tal vez?... Y su imaginación vuela libremente, dos, tres, cuatro horas sin control.

Luego retoma el libro y muy pronto lo deja; un nuevo sueño relega al anterior:

-- Santo Domingo hizo tal cosa, entonces yo, tengo que hacerla. San Francisco hizo tal cosa, entonces yo, tengo que hacerla.

Ahora se imagina ermitaño en el desierto, vestido con arpillera, alimentándose con hierbas silvestres; o camino a Jerusalén; descalzo o solo en una gruta, entregado a terribles penitencias. Como los santos. Por amor a Dios.

¿El amor?... una dama que no es de nobleza vulgar, ni condesa, ni duquesa... y así, hasta que llegue al sueño.

DIOS DA LA ALEGRÍA

Es evidente, leyendo la Autobiografía, que la imaginación es la facultad dominante en Iñigo. Imaginación descontrolada, es posible, pero sin ese grano de locura, ¿tendríamos historia? Sin embargo, los sueños alternados lo interrogan:

Cuando yo pienso en aquello del mundo, me complazco mucho, pero cuando estoy cansado y dejo de pensar en ello, me encuentro seco e insatisfecho; en cambio, cuando sueño con ir a Jerusalén descalzo, en no comer sino hierbas, y en sufrir todas las austeridades como los santos, no sólo experimento grandes consolaciones interiores cuando medito sobre pensamientos de este tipo, sino también después de haberlos dejado, permanezco satisfecho y alegre. (Autobiografía, n.8)

Simple constatación, por el momento, pero es el punto de partida de uno de los rasgos esenciales de la espiritualidad ignaciana: la experiencia del discernimiento, que controla la imaginación y la sensibilidad, no para desencadenarlas, sino para sacar el mayor provecho de ellas.

Está más triste, luego, de ciertas ideas, más bien alegre, luego, de otras. ¿De dónde viene esto? No es capaz todavía de responder a la pregunta, pero naturalmente se inclina por la alegría. Muy pronto, al repetirse esas experiencias y forzándolo a valorarlas posteriormente, va a encontrar la respuesta. Entonces, frente a los aguafiestas, a los amargados de la religión, a las imágenes de Cuaresma, a los que no ven en la aventura espiritual más

que una tristeza, peregrinación en una valle de lágrimas, a todos los doloristas, en la literatura, y el arte, que produjo el cristianismo occidental, se atreverá a proclamar la Buena Noticia.

Es propio de Dios dar la verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que nos inspira el enemigo. Lo propio de este último es luchar contra esta alegría y esta consolación espiritual. (Ejercicios, n.329)

Este primer criterio de "discernimiento de espíritus" es simple, claro y conciso. Demasiado tal vez, ya que el enemigo conoce sutilezas que habrá que desenmascarar a su momento. Pero la experiencia ha comenzado.

LA OPCION DEL PENITENTE

Entre el rey temporal y el Rey eterno, entre el servicio de una alta dama y el de Nuestra Señora, entre el mundo y Dios, Iñigo hizo una opción definitiva, prefiriendo la alegría a la tristeza. pero muy pronto mide el trecho a franquear entre el sueño y la realidad. ¡Una bala de cañón no borra la historia de una vida! Su pasado le vuelve a la memoria, ya no bajo los atractivos colores de la gloria... y los amores, sino a la luz de Dios: un pasado está frente a él como un camino a recorrer para reunirse con Cristo y los Santos. Ahora sabe que no podrá quemar etapas ni hacer economía en tiempo de penitencia y de conversión. Su camino será entonces el del penitente. Entre otros, el proyecto de una peregrinación se afirma cada vez más.

Tomada la decisión, los sueños evasivos se desvanecen. Una noche se imagina a Nuestra Señora con el Niño Jesús:

Yo recibí una muy extraordinaria moción interior, y quedé con una repugnancia tal de toda mi vida pasada, y especialmente de las cosas de la carne, que me parecía que se había quitado de mi alma todos los tipos de imágenes que en ella se encontraban pintadas. (Autobiografía, n.10)

He aquí el primer signo objetivo de la conversión de Iñigo: algo pasó. Es el momento de aclararla.

La gente sería se asombrará sin duda de que decisiones tan importantes para la vida de un hombre hayan sido concebidas a partir de sueños, de imaginación, de sentimientos. Eso no parece serio, en efecto. Pero entonces hay que concluir que Dios mismo no es serio ya que, de Jacob a José, del pequeño Samuel a los reyes magos, de Jeremías a los Apóstoles Pedro y Pablo, son incontables las ocasiones en que Dios habló "en sueños" a sus amigos...; Porque sigue siendo la manera más simple que Dios haya elegido para hacernos comprender que los proyectos que le conciernen no vienen de nosotros y son más grandes que nuestras valoraciones de lo real e incluso de lo posible! Lo importante es interpretar los sueños. Y es también un don de Dios...

Cuatro etapas, según parece, han marcado la estadía de Iñigo en Loyola:

- 1) Fue seducido por Cristo y los santos. De entrada, la imagen de Jesús que se le presentó fue la del jefe prestigioso que invita a los hombres a su servicio; una especie de fascinación, la misma que debió sentir el joven paje al llegar a Arévalo.
- 2) Fue seducido por el aspecto heroico de este servicio: hacer grandes cosas, y cosas difíciles, para distinguirse a la vista de ese nuevo rey, como el caballero que quiere realizar proezas.
- 3) Mientras se dejaba llevar por la imaginación, tomó conciencia de la necesidad de una "elección": imposible perseguir dos sueños a un tiempo, caminar detrás de Cristo o conquistar el favor de una mujer. Primera experiencia de discernimiento espiritual.
- 4) Pero entonces, imposible seguir a Cristo sin tender a parecersele. La conversión no es un "flechazo" cautivante. La iluminación de Loyola puso en relieve sobre todo las tinieblas de su vida. El camino que tomará será el de la "penitencia", pero en la alegría, para realizar grandes cosas, para volverse digno de servir a Jesucristo.

No hay más que sueños, en este tiempo de convalecencia, pero también un proyecto que va adquiriendo realidad.

EN PRIMAVERA

Las últimas semanas serán una recapitulación de lo que ha pasado. Elige un hermoso papel brillante y, cuidadosamente, al estilo de un calígrafo o casi de un artista, copia los pasajes esenciales de lo que ha leído: en rojo las palabras de Jesús, en azul las de Nuestra Señora. El resto del tiempo ora, sin buscar cosas nuevas, volviendo simplemente a las palabras comprendidas, para gustarlas y sentir las mejor en el corazón. Como un enamorado que, el día después del encuentro no deja de pensar en ese día maravilloso. El momento privilegiado de esa oración es la noche, mirando el cielo y las estrellas: "lo hacía a menudo y largamente, porque experimentaba a su vista grandes deseos de servir a nuestro Señor".

Pero ya que todo va mejor ahora, hay que poner el proyecto en marcha. Primero Jerusalén, es seguro. ¿Luego? No lo sabe. ¿La Cartuja tal vez? ¿O la vida errante? Ya se verá. Lo esencial es ponerse en camino. Hay que tener cierta astucia porque Martín, el hermano mayor, adivina algo que no ve con buenos ojos... ¿Nuestro Iñigo se habrá vuelto un iluminado?

Pero quién puede ahora retenerlo cuando escucha el llamado del Bien Amado:

El invierno pasó, terminaron las lluvias,
Las flores aparecieron en los prados,
es la estación de los versos hermosos,
se escucha el arrullo de las torcazas.
¡Ven rápido! ¡Ven!

(Cantar de los Cantares 2,10-14)

Era el comienzo de la primavera.

25 de marzo de 1522

Es medianoche. En la nave de la Iglesia, los monjes avanzan en procesión para cantar los maitines de la Anunciación. Estamos en Montserrat, en el monasterio Benedictino, suspendido en los flancos de la altiva montaña, con sus escabrosos picos recortados en el cielo de Cataluña.

Detrás de la verja, un hombre está mezclado en la muchedumbre de peregrinos. En sus ojos brilla el reflejo de las lámparas que adornan el santuario. Contempla el sereno rostro de la maravillosa estatua románica de la Virgen, en madera pintada. Iñigo de Loyola. Un poco duro en el vestido de arpillera que acaba de ponerse sobre su piel. Poco antes, había depositado en eruvoto, su espada y su puñal. En cuanto a su traje de gentilhomme, lo donó a un mendigo.

En estos últimos días, recorrió los seiscientos kilómetros que separan a Loyola de Monserrat: etapa obligada hacia Barcelona en donde debe embarcarse rumbo a Jerusalén vía Roma y Venecia. Llegó al monasterio la tarde del 21 de marzo. Durante tres días, ayudado por un monje francés Jean Chanon, prepara la confesión de los pecados de su vida. Ayer ha recibido la absolución y, por primera vez, confiado su secreto.

Mientras la noche avanza, el nuevo caballero, ya sea de pie, ya sea de rodillas, continúa su velada de armas. Antes de la aurora, durante la primera misa de la Anunciación, recibe el cuerpo de Cristo. Al amanecer, deja el monasterio y, tranquilamente, vuelve a descender la montaña.

No toma el camino de Barcelona, hacia el Este, sino que se dirige hacia el norte, ¿para no ser reconocido? Es lo que él dice, pero su comentario no vale más que para el momento de su partida. ¿Para descansar un poco antes del gran viaje? ¿Por la peste que se hace sentir en Barcelona?, es más posible, porque Jean Chanon le aconsejó prepararse para la peregrinación con algunos días de retiro en las cercanías de Montserrat, en un pueblo donde podría ser recibido en el hospital o en el convento de los Dominicos.

Ese pueblo es Manresa.

III. ¿CUAL ES ESTA NUEVA VIDA?

Imaginar al jefe de todos los enemigos: considerar cómo procede llamando a los demonios y cómo los esparce por todo el mundo para encadenar a los hombres.

Imaginar a Cristo nuestro Señor, en lugar humilde, hermoso y gracioso: considerar cómo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos y los envía por todo el mundo para ayudar a todos los hombres.

Ejercicios, nn.140-145

Hay que abstraerse de muchas cosas para imaginarse hoy el Manresa del que Ignacio dirá, mucho tiempo después, a propósito de todas sus decisiones: "Me refiero a Manresa ..." sin embargo los picos de Monserrat, a lo lejos, no han cambiado, ni, cuando uno se aleja por el campo, los bordes del "Cardoner" con las grutas que sobresalen.

El que viene a golpear la puerta del hospital Santa Lucía, la tarde del 25 de marzo de 1522, ¿es ya San Ignacio de Loyola? A más de treinta años de distancia, he aquí el juicio que hace sobre sí mismo:

Que se comprenda bien cómo el Señor se conducía con mi alma, que estaba aún muy ciega, aunque ella tenía grandes deseos de servirle en todo lo que conociese. Es así que yo estaba determinado de hacer grandes penitencias, no teniendo tanto en vista expiar mis pecados sino el ser agradable a Dios y complacerle. Y entonces, cuando me acordaba de hacer alguna penitencia de las que habían hecho los santos, yo proyectaba hacer la misma y aún más. Y, en medio de todos estos pensamientos, encontraba toda mi consolación no considerando en ello ninguna cosa interior, ni sabiendo lo que es la humildad, la caridad, la paciencia, ni la discreción propia para medir y moderar estas virtudes, sino que toda mi intención era cumplir estas grandes obras exteriores, porque los santos habían realizado obras semejantes. (Autobiografía, n.14)

Este juicio es demasiado claro como para ser puesto a cuenta de no sé qué falsa modestia. Ignacio reconoce sus grandes deseos de santidad y, sobre todo, que es conducido por Cristo. pero observa dos hechos fundamentales: en primer lugar la ceguera de su alma, ignorando que las "grandes obras exteriores" de los santos no son sino manifestaciones casi espontáneas de sus virtudes interiores, "humildad, caridad y paciencia". Cuando faltan esas virtudes, es grande el riesgo de que la imitación de los santos se transforme en una mímica de que el debutante en la vida espiritual sea llevado hacia la vana gloria que conduce al orgullo de espíritu. En segundo lugar, observa su falta de "discreción" o de discernimiento y, de esta carencia, el relato de la Autobiografía ofrece varios testimonios.

INDISCRECIONES

Por ejemplo, la historia de ese musulmán que encontró mientras cabalgaba hacia Monserrat. Discutiendo más y más acaloradamente sobre la Virgen María, Iñigo deja a su mula el cuidado de decidir, si tomando la senda ancha, se lanzará a perseguir al infiel para masacrarlo o si, tomando el camino estrecho, lo dejará tranquilo. Quiso Nuestro Señor, según dice, que la mula tomara el camino estrecho de la misericordia hacia aquel pobre hombre. ¡Mejor para él! Pero Ignacio tenía otros criterios.

Igualmente, la espectacular velada de Monserrat. ¿no tiene algo un tanto pueril? El nos confiesa, por otra parte, que tomó la idea de "Amadís de Gaula..." Aún más, si se puede ver bien que haya dado sus ropas a un mendigo, hubiera podido sospechar que el pobre hombre caería en manos de la policía - lo que nunca dejó de suceder - y que lo acusarían de haberlas robado.

En Manresa, va a dejar crecer sus cabellos y sus uñas, porque antes había cuidado de ellos, como si su santidad y limpieza no pudieran andar juntas. Rechazará la carne y el vino, y permanecerá ocho días sin comer nada y, lógicamente, se enfermará.

Hasta aquí con las indiscreciones. En cuanto a la tentación de vanagloria, era mucho más sutil.

LA COLA DE LA SERPIENTE

La primera parte de la estadía de Iñigo en Manresa, de marzo a julio, es un período tranquilo. Cada mañana, va a mendigar su alimento, asiste a los oficios en la catedral - misa, vísperas y completas -, el resto del tiempo, ora o conversa con personas espirituales. Se confiesa y comulga cada domingo, cosa rara en la época. Su lectura preferida es el relato de la Pasión. Lo imaginamos, recordando su confesión de Montserrat, al pie de la Cruz e interrogando familiarmente a su Señor, "como un amigo habla a su amigo" (Ejercicios, n.54).

-- ¿De qué manera tú, mi Creador, has venido a hacerte hombre? ¿Cómo de la vida eterna, has venido a la muerte temporal y a morir así por mis pecados? ¿Y yo qué he hecho por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? (Ejercicios, n.53).

Sin embargo, en otros momentos pasan cosas extrañas:

En el hospital, me sucedió muchas veces, a pleno día, ver una cosa en el aire, junto a mí, que me daba mucha consolación porque era muy bella, considerablemente bella. Yo no divisaba bien qué especie de cosa era, pero de cierto punto de vista me parecía que ella tenía forma de serpiente y que sobre ella muchas cosas resplandecían, como ojos, aunque no lo eran. Yo me deleitaba mucho y me consolaba de ver esa cosa y, más a menudo la veía, más grande la consolación. Y cuando esta cosa desaparecía de mi vista, esto me desagradaba. (Autobiografía, n.19)

¿Alucinación de hombre mal alimentado? No parece, ya que la imagen volverá aún cuando Iñigo haya dejado de ayunar. Lo importante es la relación entre esa "cosa" y su estado de ánimo; algo que brilla, que tiene como ojos, que lo vuelve feliz.

En otro momento, un pensamiento le viene ligado a esa visión, aunque separado de ella:

-- ¿Cómo podrás soportar esta vida durante los setenta años que te quedan para vivir?

Esta vez responde de inmediato:

-- ¡Oh! ¡miserable! ¿Acaso puedes prometerme una hora de vida?

En otras palabras, cuando la tentación es clara y se siente llevado al desánimo, Iñigo no ha olvidado la lección de Loyola: reacciona rápido y bien. Pero aprenderá en los días que siguen que el "enemigo" puede transformarse en "ángel de luz", ir primero "en el sentido del alma fiel, y llevarla finalmente hacia el suyo". Entonces es preciso "poner gran atención al desarrollo de nuestros pensamientos", porque solo al final es que "el enemigo de la naturaleza humana puede ser sentido y reconocido en su cola de serpiente" (Ejercicios, nn.332-334).

Esa forma cubierta de cosas que brillan como ojos ¿no es acaso la proyección de un sentimiento muy humano? "Eres un buen tipo... te miran. Eres brillante. Te admiran". Más adelante, siempre en Manresa, cuando Iñigo, muy enfermo, se siente morir, lo asalta un pensamiento que le dice: "Eres justo". Es el paso de la vanidad a la temible tentación del orgullo. Pero en esa época, sabe reconocer el origen de la seductora visión.

-- Por amor de Dios, dice a las personas que vienen a visitarlo luego de la alarma, si alguna vez me ven al borde de la muerte, les pido que me griten con voz muy fuerte: "Pecador".

Pero por ahora, las cosas no están tan claras. Constata con cierta inquietud los cambios que se producen en él hacia la mitad del verano: a veces la melancolía, una especie de hastío que le quita el gusto de orar; a veces, es como si alguien sacara de sus espaldas el manto de la tristeza. Pero, de estos cambios, no es él el amo. No domina más sus sueños. Le parece que depende de Otro...

-- ¿Cuál es esta nueva vida que comenzamos ahora?

Miedo de no ser dueño de sí mismo.

EL MENTIROSO Y EL HOMICIDIA

Miedo y resistencia de un hombre con aspiraciones "Cuando eras joven ibas donde querías... Otro te llevará a donde tú no quisieras ir", dice Jesús a Pedro. Y Juan agrega: "Indicaba de esa manera la clase de muerte por la cual Pedro debía rendir gloria a Dios" (Jn 21,18-19).

Iñigo no sabe todavía la clase de muerte por la que debe pasar. Quiere rendir gloria a Dios, pero por los medios que él mismo elige. Entonces Dios, por un tiempo, va a dejarlo librado a sus propias fuerzas, hasta que comprenda que el poder de Dios aparece en la debilidad humana.

De julio a octubre, en una celda del convento de los Dominicos, pasa por una tremenda depresión. "Tinieblas del alma, dirá, perturbación interior, moción hacia lo que es bajo y terreno, inquietud ante las agitaciones y tentaciones, que lleva a perder confianza, sin esperanza, sin amor; el alma se encuentra triste y como separada de su Creador y Señor" (Ejercicios, n.317). Es la desolación. En este caso, la crisis es desatada por los escrúpulos.

En Monserrat, Iñigo hizo una confesión seria y completa. Lo imaginamos trayendo a la memoria todos los pecados de su vida, año por año, esforzándose para recordar los lugares y circunstancias, el castillo, los alrededores de Loyola, la corte de Arévalo, la de Nájera, las relaciones que ha tenido, compañero de juventud, compañeras de placer, los empleos que tuvo... (Ejercicios, n.56).

Ahora el "padre de la mentira" viene nuevamente a tentarlo partiendo de las verdades elementales. Después del pecado de los ángeles y el pecado de Adán, basta un pecado mortal de cualquier hombre para que caigo al infierno... ¿Y si, por un pecado omitido, ese hombre fueras tú?...

De repente, se siente separado. Separado de Dios y de toda la creación. Solo, no es nada.

-- ¿Quién soy yo, en comparación con todos los hombres? ¿Y qué son los hombres en comparación con todos los ángeles y todos los santos del paraíso? ¿Y qué es todo

lo creado en comparación con Dios? Entonces, yo, solo, ¿qué puedo ser? Corrupción, fealdad, absceso, venero infecto... Quería unirme a Dios, y heme aquí tan lejos como lo están la ignorancia y la sabiduría, la debilidad y el poder, la iniquidad y la justicia, la perversidad y la bondad... (Ejercicios, n.58).

En esta oscuridad total, tiene el presentimiento de que no hay que cuestionar su resolución anterior. Hay que hacer frente. Multiplica las penitencias, ayuna una semana entera, persevera en la oración, consulta a su confesor. No hay caso. Un sabor a muerte le llena la boca.

El vértigo de la autodestrucción, es la última tentación de aquel que es "el homicida desde el comienzo". Un hombre caído en el infierno... Iñigo escucha los gritos de los condenados. Hay en su celda un gran pozo del que no ve el fondo. Va a tirarse...

-- No, Señor, no haré nada que te ofenda.

Al borde del abismo, su fidelidad pende de este hilo. Por sí mismo no es nada, herido de muerte, dejado solo en el campo de batalla, se rinde.

-- Socórreme, Señor, ya que no encuentro consuelo cerca de los hombres ni de creatura alguna. Si pensaba tener que encontrarlo, ningún sacrificio me será demasiado grande. Muéstrame, Señor, dónde descubrirlo. Aunque haya que seguir la huella a un perrito para que me dé el consuelo, lo haré.

Y es en ese momento, según dice, que el "Señor quiso que despertara como de un sueño".

Iñigo acaba de descubrir la humildad más grande. Grito de admiración con un amor inmenso...

-- ¡Vivo! ¡Existo! Los ángeles han orado por mí, los santos han orado por mí. No estoy muerto, no he caído en el infierno, sigo existiendo por los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los frutos, los pájaros, los peces, los animales... El relato de la creación continúa pese al pecado de los hombres. Iñigo está reconciliado (Ejercicios, n.60).

Más tarde en los Ejercicios retomará las toscas meditaciones de este período. No para hacer pasar a los otros por la misma prueba que él, sino para que aprendan nuevamente a amar, humildemente, humanamente: "Si llegara a olvidar por mis faltas el amor del Señor eterno, que al menos el temor al castigo me ayude a no caer en pecado" (Ejercicios, n.65). Por eso, todas esas meditaciones culminarán en la acción de gracias, para que el pecado sea conocido en la ternura y misericordia de nuestro Creador y Señor.

COMO UN MAESTRO DE ESCUELA

Durante los últimos días de su estadía en Manresa, Iñigo se deja iluminar por Dios "que lo trata de la misma manera que un maestro de escuela trata a un niño: enseñándole" (Autobiografía, n.27). Es el tiempo de la gracia, donde "el Creador y Señor se comunica él mismo con el alma fiel, abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndolo en la vía donde mejor podrá servir después" (Ejercicios, n.15).

¿Cuál fue la naturaleza de esas comunicaciones? Hablando de ellas, Ignacio emplea a menudo el verbo "ver", lo que es normal cuando se trata de luz. Por tanto no se trata de visiones ni de "apariciones". Cuando dice "he visto", significa "he comprendido, capté", pero estos verbos no traducen tampoco la experiencia: intuiciones, si se quiere, pero con un carácter de certeza indudable. A veces son acompañadas de imágenes muy sobrias. Pero lo importante es que "ha visto", y que eso que "ha visto" ha hecho de él "otro hombre, otro espíritu" (Autobiografía, n.30) y que ha hecho nacer el librito de los Ejercicios Espirituales.

EL AMOR SE COMUNICA

Primero, la Santísima Trinidad - como "tres teclas de órgano", cada una dando su nota y las tres formando un acorde perfecto. Estaba orando sobre los escalones del monasterio de Santo Domingo (de donde, tal vez, la relación con las tres teclas del órgano)... la impresión es tal que no es más dueño de sí mismo. Una procesión sale del monasterio, la sigue maquinalmente, sin lograr contener las lágrimas. Una impresión tan fuerte que, toda su vida,

sentirá una gran devoción cada vez que hace oración a la Santísima Trinidad (Autobiografía, n.28).

- Experiencia fundamental. Este misterio, empobrecido por la especulación, se volvió para Ignacio la fuente de toda vida espiritual, aquello de donde todo viene y hacia donde todo se eleva, en continuo movimiento, en continua comunicación. El contempla normalmente este misterio, no puede quedarse más en la autosatisfacción. Para nombrarlo Ignacio dirá "Majestas Divina", que "majestad" traduce mal. Es el Dios "siempre más grande", al que responde en la oración y en la acción el "siempre más" (magis). Pero ese "magis" no es del estilo de la "performance" escénica; traduce el movimiento de quien es captado y conducido en la acción divina, dueño, a partir de entonces, de su acción.

Otra vez se hizo presente en mi espíritu, con una gran alegría espiritual, la manera en que Dios había creado el mundo. Era como una cosa blanca de donde partían rayos, y con la cuál Dios hacía luz. (Autobiografía, n.29)

Lo propio del amor es actuar y comunicarse. Así percibe Ignacio a Dios "como alguien que trabaja y actúa en todas las cosas creadas en la superficie de la tierra", y todas las cosas creadas descienden "de lo alto, como del sol, los rayos de la luz, como del manantial el arroyo" (Ejercicios, nn.236-237). Esa contemplación lo llevará a "ver a Dios en todas las cosas", a volverse ese "contemplativo en la acción" que caracteriza al hombre según San Ignacio. Lo conducirá al respeto por las cosas y los hombres. Y cuentan que cada vez que encontraba a un hermano en la casa de Roma, una sonrisa aparecía en su rostro, a tal punto que tuvo que cuidar ese reflejo, que podría parecer extraño a los que ignoraban la causa. También dirá a los novicios: "Mirándose unos a otros, crecerán en devoción y alabarán a Dios nuestro Señor, que cada uno debe esforzarse para reconocerlo en el otro, que es su imagen" (Constituciones de la Compañía de Jesús, n.250).

Es el mismo tipo de representación - un resplandor blanco - que vio otro día, durante la misa, en el momento de la elevación. El cuerpo de Cristo no será para él una presencia inerte, sino el centro irradiante del mundo en estado de creación permanente. (Autobiografía, n.29).

La imagen de Dios correctamente visualizada es, en efecto, la humanidad de Jesucristo. Siempre en Manresa, Ignacio dice haberla visto "con los ojos interiores, en numerosas ocasiones y cada vez durante largo tiempo" (Autobiografía, n.29). Su devoción por Cristo no nació en ese momento; estaba enraizada en su fe española, se le había impuesto durante su convalecencia. Pero las visiones de Manresa sitúan mejor la humanidad de Cristo en el conjunto de la creación, como toda creatura vino de Dios para volver a Dios. Pero en ella el Hijo se encarnó, con un misión a su cargo, Jesucristo es el "enviado" del Padre.

La contemplación de los misterios de la vida de Cristo, en el contexto de los Ejercicios va a ordenarse a partir del momento en que el Hijo se ofrece a su Padre y se compromete en el mundo para salvar a los hombres arrancándolos de las manos del mal, invitándolos a seguirlo. En efecto, ya que, para cumplir esta misión, Cristo llamará a los discípulos, crecer a imagen de Jesucristo no consistirá más, para Ignacio, en elegir a su antojo tal o cual ejemplo de los santos, sino en responder al llamado de Cristo para ser a su vez, enviado como Cristo fue enviado, a ofrecerse por entero en las tareas, como Cristo se ofreció para la salvación del mundo.

Con esas revelaciones sobre la Trinidad, la creación, la Eucaristía y la humanidad de Cristo, el "maestro de escuela" completó casi por entero su enseñanza, y el discípulo tiene la audacia de decir:

Todas esas cosas que comprendí en aquellos tiempos, me afirmaron y me dieron una confirmación tan grande en la fe, que a menudo me digo: aunque no existiera la Escritura para enseñarme las cosas de la fe, me decidiría, si fuera preciso, a morir por ellas, y solamente por lo que he visto. (Autobiografía, n.29)

A LO LARGO DEL CARDONER

Sólo le falta hacer la síntesis de estos elementos. También ella le será dada en la iluminación del Cardoner. Iñigo iba camino a la pequeña iglesia de San Pablo el Ermitaño. Después de un tiempo de marcha se sienta en

oración, el rostro vuelto hacia el arroyo que corre a sus pies. Y entonces:

Los ojos de mi entendimiento comenzaron a abrirse. Eso no era una visión, pero yo comprendía muchas cosas concernientes a la vida espiritual, la fe y la ciencia, y esto con una tal iluminación que todas esas cosas me parecieron nuevas. Es imposible anotar eso que comprendí entonces, pero recibí una gran claridad en el entendimiento. Así, aunque yo reúna todas las ayudas que Dios me ha dado y todo lo que he aprendido en el curso de mi vida hasta los sesenta y dos años y haga la suma, no creo haber recibido tanto como en esta vez. De tal manera quedé con el espíritu iluminado que me parecía haber llegado a ser otro hombre, con otro entendimiento. (Autobiografía, n.30)

No vayamos a creer que Iñigo fue investido repentinamente de un saber enciclopédico. Lo que comprendió sin lugar a dudas en esta "vista sintética" englobando la realidad de la "vida espiritual, la fe y la ciencia", es la relación entre los misterios de la fe (Trinidad, Creación, Eucaristía, Encarnación) y el destino del mundo presente, en este primer cuarto del siglo XVI; es el lugar del hombre en el universo y el sentido de su propia existencia en la creación que camina hacia Dios. Por mi parte, con riesgo de equivocarme, me gusta encontrar, en la "meditación fundamental" de los Ejercicios, otra traducción en otro lenguaje, de la iluminación del Cardoner:

El hombre es creado para alabar, respetar y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma. Las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, a fin de ayudarle a conseguir el fin para el cual ha sido creado.

De donde se sigue que todo hombre debe servirse de ellas en la medida en que ellas le ayudan para su fin, y apartarse de ellas en cuanto le son un obstáculo.

Por esto, es necesario hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que está permitido a la libertad humana. De tal manera que no queramos, de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que

pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás.

Sino que deseemos y elijamos únicamente lo que más nos conduce al fin por el cual hemos sido creados.

Ejercicios, n.23

Todo está llamado, todo está ordenado, pero no de una manera estática en donde cada cosa queda en su lugar, sino en el movimiento que arrastra toda creación. "A la cabeza Cristo" seguido del pueblo de los hombres libres en medio de las cosas creadas.

Mi vida tiene entonces un sentido. Caminará en el medio de las maravillas de la creación, no sin un rumbo fijo, recogiendo al azar la flor que me gusta y se marchita en seguida en mis manos, sino sabiendo hacia donde voy, hacia donde va el mundo. Si lo demás me es indiferente, no es porque sea insensible a la belleza del universo, al poder del hombre, a las alegrías de la vida. Es que no sé todavía qué me conducirá mejor hacia lo que Dios espera de mí. Puede ser la monotonía de una oficina, la mediocridad de los medios sin relación con lo que me gustaría llevar a cabo, las dolencias del cuerpo o del espíritu, o algunos años de vida para cumplir el proyecto de todo un siglo. Sólo sé una cosa: que necesito entrar en la vía que Cristo abrió para la liberación del mundo. No deseo más que una cosa: ser el servidor de este gran designio.

Tal vez es esto lo que piensa Iñigo, dando gracias a los al pie de una cruz que ya estaba muy cerca.

HOMBRE NUEVO

Durante este período de "iluminaciones", se produce el comportamiento de Iñigo un cierto número de cambios, vivos en apariencia, pero significativos.

Pasará de ahora en adelante mucho tiempo conversando la gente ¿no es acaso tiempo perdido para encontrar Señor? ¿A menos de recuperarlo a costa de horas de sueño?... Casualmente, es en el momento en que se acuesta cuando le vienen los pensamientos más altos...

De golpe, dice él, yo me puse a dudar que esos pensamientos espirituales fueran del buen espíritu, y llegué a concluir que más valía renunciar a ello y dormir durante el tiempo de sueño. Y lo hice. (Autobiografía, n.26)

Otro cambio, respecto a la alimentación: pese a las objeciones de su confesor, tiene la certeza de que nuevamente debe comer carne... Luego el aspecto exterior: "Después de haber comenzado a ser consolado por Dios y después de haber visto el fruto que producía en las almas ocupándome de ellas, me recorté las uñas y los cabellos" (Autobiografía, n.29). Por fin la salud, acepta el vestirse mejor...

¿Pobres resultados? Veamos más bien las razones de estos cambios y la manera cómo Iñigo los ha decidido. Dos consideraciones anticipan estas decisiones: las consolaciones en la oración y el fruto apostólico de sus conversaciones.

La inspiración personal no es siempre segura, y a partir de las "visiones" de la "serpiente", Iñigo sabe que toda consolación no viene forzosamente de Dios. El discernimiento personal es necesario también como lo es el de los otros, en este caso, el del confesor. Pero Iñigo es el inspirado y es él, en último término, quien decida alimentarse con carne. Cualquiera sea el orden de los pasos, encontraremos siempre cuatro elementos en el proceso de la decisión ignaciana: la inspiración, el discernimiento personal, el control de la Iglesia o su confirmación, y la decisión. El espíritu de obediencia no fabrica "robots". Aún cuando la búsqueda no se hace nunca a solas y aunque la decisión pueda ser revisada.

Pero también es importante la motivación apostólica de los cambios. En esto Ignacio se manifiesta más claramente todavía como el "hombre nuevo" que pasó a ser en Manresa: un hombre asociado al designio de Dios que Cristo continúa en la Iglesia. En este punto convergen las iluminaciones recibidas. Es también la conclusión a la que llega al final de su estadía:

En esta época, durante muchos días yo estaba deseoso de conversar de cosas espirituales y de encontrar personas capaces de tener conmigo estas conversaciones. Ya se acercaba la fecha que me había fijado para partir a Jerusalén. (Autobiografía, n.34)

No piensa más en la soledad de la Cartuja. Desea ayudar a los demás tanto como ser ayudado. Apostolado y compañerismo ¿no es acaso el germen de la futura Compañía de Jesús? No podía ser de otra manera luego que recibió la revelación del amor trinitario comunicado a toda la creación en su movimiento incesante, luego de haber contemplado a Jesucristo en el Evangelio y la Eucaristía, de haber comprendido su llamado, visto a la humanidad como un pueblo en marcha hacia el Padre, captado al mundo como debiendo ser arrancado al enemigo, para Cristo y con El.

Sin embargo es en soledad, para ejercitarse, según dice "en la fe, la esperanza y la caridad", que va a reemprender el camino. Sobre el pequeño puente romano por donde había entrado a Manresa, se despide de sus amigos el 18 de febrero de 1523.

Rumbo al mar.

viernes, 4 de septiembre de 1523

El grupo de peregrinos entre los cuales se encuentra Iñigo, está frente a Jerusalén. Han desembarcado en Jaffa el 24 de agosto, pero, por razones administrativas, han podido dejar el barco recién el 31, y al día siguiente, finalmente, acompañados de una escolta turca y de un sacerdote franciscano, se pusieron en camino, montados sobre pequeños burros.

Esa mañana, un español llamado Diego Manes detiene la caravana:

-- En poco tiempo vamos a llegar al lugar desde el cual podremos ver la ciudad Santa. Para prepararnos en el fondo de nuestras conciencias, propongo que a partir de este momento caminemos en silencio.

Muy pronto en efecto, ven acercarse la cruz que precede la procesión de monjes que vienen a recibirlos. Entonces descienden de sus monturas.

¡Ante sus ojos aparece Jerusalén, resplandeciente bajo el sol! Gozo y alegría...

Para el peregrino Iñigo, el viaje de ida y vuelta Barcelona-Jerusalén durará casi once meses. Se embarcó el 12 de marzo y antes de llegar a Gaeta, ya ha soportado cinco días de tempestad. En Italia, la peste se hacía sentir y las puertas de las ciudades estaban cerradas. Llegó a Roma, solitario, el domingo de Ramos, y recibió la bendición del Papa antes de partir rumbo a Venecia el 7 de abril. Pasó varias semanas en Venecia, en búsqueda de un barco. Finalmente pudo embarcarse hacia Chipre el 14 de julio.

Permaneció solamente 20 días en Jerusalén; estaba de regreso en Barcelona hacia la mitad del mes de febrero de 1524.

En la "Autobiografía", el relato del viaje ocupa dos capítulos entre diez, como si Ignacio se hubiera complacido en contárnoslo: recuerdos extremadamente precisos, aventuras banales o trágicas, y del principio al fin, un ritmo de juventud impetuosa.

¡Después de su conversión, Ignacio sigue siendo un hombre!

IV. LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO

Ver el camino de Nazaret a Belén. Considerar su largo, su ancho; si ese camino está en la llanura o a través de valles y colinas. Mirar también el lugar o la gruta del nacimiento: si es grande o pequeño, bajo o alto; y como estaba preparado.

Ver a nuestra Señora, José, la sirvienta, y al Niño Jesús después que ha nacido. Y yo, haciéndome un pobrecito esclavito indigno, que les mira, les contempla y les sirve en sus necesidades, como si me encontrara presente, con toda la reverencia y respeto posibles.

Ver y considerar lo que hacen, así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí.

Ejercicios, nn.112-116

Iñigo lleva tal vez en sus alforjas de peregrino el texto de la contemplación de la Navidad, propuestos en los Ejercicios Espirituales. Lo que había leído en la Vida de Cristo, el proyecto que había concebido en Loyola y que había meditado en Manresa, iba a vivirlo intensamente.

Pero no es tanto como penitente sino como compañero que se lanzó a este viaje. Porque ha descubierto que para estar asociado a Cristo, para ser enviado en una misión, debe parecerse a aquel que lo llama, "sufrir con él para que, siguiéndolo en el dolor, lo sigamos también en la gloria" (Ejercicios, n.95). De ahí su resolución:

Mi firme propósito era permanecer en Jerusalén, visitando siempre los santos Lugares. Yo me proponía igualmente, además de esta devoción, ayudar a las almas. (Autobiografía, n.45)

Este proyecto no se cumplirá. Pero a lo largo de todo el viaje, nada le faltará al programa de su contemplación del misterio de Navidad: el hambre, la sed, el calor y el frío, las injusticias y las ofensas... Y podríamos contemplar con San Pablo: "peligros de los ríos, peligros de los asaltantes, peligro de las ciudades, peligro del mar, peligro de los falsos hermanos" (2 Cor 11,26). Pero, por encima de todo, la alegría de no ser tratado mejor que su maestro.

LA POBREZA COMO ESPERANZA

Imposible consignar en detalle las apasionantes aventuras del viaje: es una ocasión para enviar al lector al relato de la Autobiografía. Citemos solamente algunos puntos que muestran el deseo de Iñigo de crecer a imagen de Jesucristo "pobre y humillado".

Entre sus recuerdos, el dinero ocupa un gran lugar. Parece haber estado muy preocupado, no de procurárselo sino de desprenderse de todo el que tenía! Cuando el barco deja el puerto de Barcelona, cinco pequeñas piezas brillan al sol sobre un banco al borde del mar. Demasiado molesto porque lo obligaron a llevar provisiones, Iñigo lo depositó allí, cuidadosamente. No llevará nada más "que la esperanza que pone en Dios".

Inútil repetirle que es imposible ir a Jerusalén sin dinero, no quiere cambiar de opinión: "ni un centavo". Cada vez que vuelven a darle dinero, se apresura a distribuirlo entre los pobres. Durante el viaje de regreso, en Chipre, estuvo a punto de quedar sobre el muelle. El dueño del barco se negaba a tomar a bordo a un hombre que no tenía dinero.

-- ¡Pero es un santo! decían los amigos de Iñigo.

-- Bueno, si es un santo, no tiene más que hacer la traversía como Santiago.

No lo transportaron los ángeles, como sucedió según la leyenda, con el cuerpo del Santo protector de España, sino un capitán más benevolente...

En realidad Iñigo se hizo de muchos amigos, que reencontra al pasar nuevamente por los mismos lugares. En Venecia, donde hizo mucho frío, le dieron una pieza de tela que arrolló alrededor de su estómago frágil, y una cantidad de dinero en piezas de Julio II. Pero llegando a Ferrara, un hombre le mendiga. Entonces le da una moneda de poco valor. Evidentemente, aparece un segundo hombre; le da una moneda de más valor. Un tercero; ¡no le quedan más que Julio II! y entonces, es una avalancha, a tal punto que al final de la distribución debe excusarse:

-- No tengo nada más, amigos... ¡perdónenme!

Para Iñigo, como para Francisco de Asís, la pobreza no es triste. Fortalecido por la experiencia del viaje, dirá a sus discípulos: "amen la pobreza como una madre y, según la medida de la santa discreción, a su tiempo sientan algunos efectos" (Constituciones, n.287). Amar la pobreza, porque Jesús eligió ser pobre. Amarla como una madre, porque no hay pobreza evangélica si no hay esperanza.

Y EL SUFRIMIENTO POR AMOR

Respondiendo al llamado de Jesús, Iñigo había hecho la siguiente oración:

...yo quiero y deseó y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado. (Ejercicios, n.98)

Viviendo como un vagabundo, con un aspecto que hacía pensar que estaba enfermo de peste él también, se cumplirán sus deseos.

Sin embargo, había una condición en su plegaria: "queriéndome vuestra santísima majestad"... La humildad comienza por la obediencia.

En el momento en que los peregrinos van a emprender el regreso, Iñigo va a buscar al Padre Guardián del Convento de los Franciscanos para explicarle su proyecto de

permanecer en Jerusalén. No solicita hospedaje sino solamente que tengan a bien, de tanto en tanto, escuchar su confesión. El Guardián no ve ninguna objeción de importancia, pero debe consultar al Provincial. Cuando este último llega, después de las formalidades, ¡el balde de agua fría!

-- He reflexionado. No puede quedarse. Es demasiado peligroso. Otros quisieron hacer lo mismo: unos murieron y otros fueron tomados prisioneros por los turcos.

-- No me importa: ¡estoy dispuesto a morir o a ir a la cárcel!

-- Sí, pero... si llega a caer prisionero, nos veremos obligados a pagar vuestro rescate. Y eso cuesta muy caro. Y somos muy pobres... No, partirá mañana con los otros peregrinos.

-- En ese caso, debo decir a vuestra Reverencia que tengo un plan bien formado, y que no puedo renunciar a él por ningún motivo.

A esta altura del diálogo, se le sube la mostaza al buen Padre:

-- Ya que sigue obstinándose, voy a tener que recurrir a los grandes medios. Tenemos la autorización de la Sede Apostólica para expulsar o retener a quien nos parezca. Tenemos por otra parte el poder para excomulgar a cualquiera que se niegue a obedecernos. Voy a mostrarle las bulas.

Pero entonces Iñigo responde que no tiene necesidad de verlas. Se enfrenta decididamente al hombre que tiene delante, pero tratándose de la Sede Apostólica, sacó inmediatamente una conclusión: "no es la voluntad del Señor que permanezca en los Santos Lugares" (Autobiografía, nn. 46-47). Se lanzará nuevamente al camino, hasta saber claramente, por la voz de la Iglesia, hacia dónde el Maestro quiere llevarlo. Y esto durará unos quince años...

En cuanto al sufrimiento por amor, ya lo conoció, ¡y va a conocerlo aún más! Una vez escapó sin permiso para volver a ver el Monte de los Olivos; lo traen de vuelta a palazos. Es como si viera a Cristo con él, llevado por la cohorte de los soldados.

En el camino del regreso, luego de la tempestad, la peste, los turcos y los franciscanos, ¡se encuentra en medio de una guerra! Entre Ferrara y Génova, debe atravesar el frente que separa los ejércitos franceses de los imperiales. ¿Un espía? Capturado por los soldados de Carlos V, es sometido al siniestro rito como todos los sospechosos: lo interrogan, lo desnudan, lo revisan... los soldados lo conducen frente al capitán "que lo hará hablar".

En este trayecto, tuve como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque esto no fue una visión. Se me conducía por tres grandes calles, y yo caminaba sin ninguna tristeza, más bien con alegría y contentamiento. (Autobiografía, nn.51-52)

LA COMPOSICION DE LUGAR

Un último punto respecto a la oración, hay que atribuírselo a la experiencia de Jerusalén. Nos sorprendemos muchas veces al ver que san Ignacio le da mucha importancia a lo que él llama "composición de lugar".

En la contemplación o meditación de las cosas visibles, la composición de lugar consiste en ver con la vista de la imaginación el lugar material donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo: el lugar material, así como un templo o monte donde se halla Jesucristo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. (Ejercicios, n.47)

Un ejemplo servirá para ilustrar esa insistencia: durante la peregrinación, Iñigo visitó los lugares Santos a la manera de nuestras visitas guiadas, a paso redoblado: Había tantas cosas para ver, de las verdaderas y de las falsas tomadas por verdaderas, ya que las leyendas crecen como los yuyos sobre el terreno fértil de los lugares históricos. Iñigo hubiera querido detenerse, contemplar, orar. La víspera de la partida, se escapa...

Sobre el Monte de los Olivos, hay una piedra donde nuestro Señor se elevó hacia los cielos y se ven aún hoy las marcas de sus pies. Yo quería volver a ver esto. Y entonces, sin decir nada a nadie ni tomar

guía (los que van sin tomar Turco como guía corren un gran peligro), me escabullí del grupo de peregrinos y me fui solo al Monte de los Olivos. Los guardias no querían dejarme entrar. Yo les di el cuchillo de mi escritorio que llevaba conmigo. Después de haber hecho mi oración con viva consolación, fui tomado por el deseo de ir a Betfage. Allá, me acordé que no había mirado bien sobre el Monte de los Olivos a qué lado estaba el pie derecho y a qué lado el izquierdo. Y volví allí, y creo que di mis tijeras a los guardias para que me dejaran entrar. (Autobiografía, n.47)

Ingenuidad, tal vez. ¿No será más bien que para Ignacio la oración no es un ejercicio intelectual ni una evasión de la realidad? La imaginación hace su aporte como todas las facultades del alma y del cuerpo: se trata de estar presente en lo que vivimos. La "composición de lugar" no es más que un "preludio" para la contemplación, y la misma contemplación de la humanidad de Cristo no es sino un camino para ir de lo visible a lo invisible. Si Iñigo vuelve al monte de los Olivos para ver la orientación de los pies de Cristo, es para saber hacia qué lado dirigía su mirada, y colocarse él mismo en sus oraciones posteriores, bajo la mirada del Señor y escuchar sus últimas palabras como si fueran dirigidas a él...

-- "¡Si te olvido Jerusalén, que se seque mi mano derecha!" (Sal 137). Iñigo no olvidará jamás por qué la memoria cristiana hace presente el misterio que evoca: "hagan esto en memoria mía".

2 de febrero de 1528

En aquellos tiempos, viniendo del sur, se entraba a París por la puerta de Saint-Jacques, situada aproximadamente a la altura de la actual calle Soufflot. Desde la altura de Montrouge a donde llegó el día de la Candelaria, Iñigo pudo ver los múltiples campanarios que se levantan en el Quartier Latin. Más lejos, más allá de la Sainte Chapelle y de las torres de Notre Dame, pudo adivinar el verde monte de los Mártires...

Desde su regreso de Jerusalén es estudiante. Pasó más de dos años en Barcelona, dieciseis meses en la Universidad de Alcalá, algunas semanas en la de Salamanca. Estudios más o menos inestables, cuyos resultados, desde el punto de vista escolar, no son para nada brillantes. Ahora viene a París para partir de cero...

Teniendo algo de dinero, va a parar a una pensión adonde alojan españoles. Dos meses más tarde, sin dinero, lo dejarán en la calle, obligado a mendigar, hospedado con los peregrinos en el Hospital Saint Jacques (donde se encuentra actualmente el número 135 de la calle Saint Denis). Es por eso que cada mañana, luego de la salida del sol - era reglamento del Hospital - deberá correr hasta el Sena, atravesar la Isla de la Cité, ascender la colina de Santa Genoveva, acalorado, sin lograr sin embargo llegar a tiempo para los cursos en el Colegio Montaigu, en donde, con los niños de París está aprendiendo latín.

¡Montaigu! "¡Son tratados mejor los forzados entre los moros y tártaros, los asesinos en las prisiones, ciertamente también los perros en vuestra casa que los pobres alumnos de ese Colegio! Y si yo fuera rey de París, que el diablo me lleve si no le prendo fuego y hago quemar al director y al regente que continúan esta inhumanidad ante vuestros ojos".

Es Rabelais quien escribió estas palabras vengativas. ¡Pero qué importa! La enseñanza no es mala: Erasmo enseñó anteriormente en Montaigu, y el joven Calvino acaba de salir de él.

Además, Iñigo pasó por muchas otras...

V. SABIDURIA Y LOCURA

La humildad más perfecta consiste en esto: a fin de imitar a Cristo nuestro Señor y parecérsele más efectivamente, yo quiero y elijo más bien la pobreza con Cristo pobre que la riqueza, las humillaciones con Cristo humillado que los honores, siendo igual la alabanza y gloria de la Divina Majestad; y yo prefiero ser mirado como tonto o loco por Cristo, que primero pasó por tal, que como sabio y prudente en este mundo.

Ejercicios, n.167

"Elijo las humillaciones con Cristo humillado..." Podemos preguntarnos cuál es la relación entre este deseo de Iñigo, tan firmemente expresado en el "Tercer grado de humildad" de los Ejercicios y esta nueva aventura que va a tomar diez años de su vida: estudiar... es decir reunirse con los "sabios y prudentes de este mundo".

La respuesta la encontramos en primer lugar en los hechos: en ningún otro momento Iñigo sufrió tanto por culpa de los "sabios y prudentes", hombres de Iglesia para colmo, que durante sus años de estudio. Hay en esto algo más que una coincidencia. Lo veremos, aunque nos cueste entenderlo, desear realmente eso que a primera vista nos parece tan desconcertante, tan extravagante en el "tercer grado de humildad".

Sin embargo, en el comienzo, está la seriedad de la aventura humana.

LOS ESTUDIOS "¿PARA QUÉ?"

El padre de Iñigo que destinaba a su hijo al clero, se había preocupado de hacer venir un preceptor al castillo de Loyola. Pero el muchacho se rebelaba contra la gramática latina. Aprendió a leer, le gustaba escribir, cantaba muy bien, eso es todo. En la corte de Arévalo,

entre los ejercicios de armas, intentó molestar a las musas y tocar algunos instrumentos. Música, y poesía: ¡no era el camino de las escuelas!

En Manresa, Dios fue su "maestro de escuela". La leyenda tiene algo de verdadera: los Ejercicios le fueron dictados, no como nos muestran las pinturas simplonas, sino en el secreto de la experiencia espiritual. Ya llevaba algunos apuntes en su viaje a Tierra Santa. Experimentó tal o cual nota, y recogió los frutos: el árbol era bueno. ¿Por qué introducirse en el pesado aparato de la Escolástica? ¿Por qué esa decisión que tomó en Venecia durante el viaje de regreso?

Después que yo había comprendido que no era la voluntad de Dios que yo permaneciera en Jerusalén, siempre reflexionaba para meditar sobre lo que debía hacer. Al fin, tuve una inclinación a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las almas, y resolví ir a Barcelona. (Autobiografía, n.50)

"¿Qué debo hacer?" No busca más la meta que él mismo se puso, sino la forma de elegir "entre todas las cosas creadas", para poder "ayudar a las almas" mejor. Pero, en la época que él vive, la condición laica parece poco compatible con ciertas formas de apostolado de iglesia. Para hablar de Dios hay que ser sacerdote y, para ser sacerdote hay que estudiar. ¿Acaso Ignacio tomó la decisión de estudiar para ser cura, como se dice a menudo?

Esto parece contradecir algunos hechos. En Venecia, no encara el sacerdocio. No se ha enfrentado todavía a los teólogos para convencerse de la necesidad de ser él mismo teólogo. Incluso luego de haberlo encontrado en Alcalá y Salamanca, si bien está convencido de que debe estudiar, ignora todavía cuál será su estado de vida. ¿llevará una vida religiosa, o irá a través del mundo? Se plantea todavía la pregunta en el momento de dejar España. El 3 de marzo de 1528, escribe a Inés Pascual, su bienhechora en Barcelona:

Con un buen tiempo y en excelente estado de salud, llegué a esta ciudad de París, por la gracia y la bondad de Dios nuestro Señor, el 2 de febrero.

Actualmente estudio hasta que el Señor disponga otra cosa para mí.[1]

Es estudiante desde hace ya tres años, pero ignora si es para ser sacerdote. ¿Entonces para qué?

Desde la iluminación del Cardoner, está seguro de la luz que recibió referente a la "vida espiritual, la fe y la ciencia". Cree que los Ejercicios son un instrumento capaz de transformar los corazones, y también el mundo. Pero estos apuntes deben volverse creíbles para los demás como lo son para él. El Espíritu Santo que los ha inspirado, y la Iglesia, que debe aprobarlos, no pueden contradecirse. Pero la Iglesia no aprobará los Ejercicios a no ser que se adapten a la Escritura y a la Tradición. Y es por esta razón, en primer lugar, que Iñigo decide adquirir la ciencia y la cultura de la Iglesia. Se trata de arraigar a los Ejercicios en la historia del pueblo de Dios.

Se trata una vez más de comunión. Iñigo se quiere servidor de la Iglesia, no fuera del tiempo en una Iglesia celestial, sino en aquel tiempo, con la cultura, el combate, el lenguaje de la Iglesia y del mundo en que vivió. Si los Ejercicios no fueran más que un libro, se transmitirán como un libro de generación en generación. Pero son sobre todo un diálogo de personas: entre el Creador y la creatura, pero también para abrir a este diálogo inefable, se dé una comunicación entre el que da los Ejercicios y el que los recibe. Este diálogo no puede economizar un lenguaje vivo y actual, ni una cultura temporal que permita a los hombres comunicarse entre ellos y, al apóstol hacerse "judío entre los judíos, griego entre los griegos".

La decisión de Venecia lleva el peso de este proyecto. Y porque se trata de un proyecto apostólico, Iñigo tendrá el extraordinario coraje, a los treinta años, de aprender con los "niños", los rudimentos de la gramática latina.

[1] Citado por H. Rahner, *Ignace de Loyola et les femmes de son temps*, DDB. coll. Christus, vol.1, p.286.

ALCALA Y LOS "ALUMBRADOS"

Luego de dos años de gramática en Barcelona, Iñigo se inscribió en la Universidad de Alcalá, para seguir en ella los cursos de "Artes", es decir principalmente filosofía. Su celo apostólico predominaba sobre su deseo de formación. Viviendo en comunidad con cuatros compañeros - ya en este momento - daba los Ejercicios y enseñaba el catecismo. Los cinco hombres fueron muy pronto conocidos en la ciudad. Les llamaban los "trajes grises", por sus vestimentas uniformes; pero también - y eso era mucho más grave - "los alumbrados"...

Un vasto movimiento de renovación espiritual despertaba a la cristiandad en ese principio del siglo XVI. Los "iluminados" o "alumbrados" formaban parte de él. No eran herejes. Buscaban a Dios por caminos nuevos. Pero la tendencia de muchos de ellos era considerar que habiendo encontrado el secreto de la unión con Dios, lo demás era secundario, inclusive inútil. Lo demás, es decir los sacramentos, las oraciones tradicionales, y en último término, ya que el sacramento de la penitencia no era tenido en cuenta, los preceptos de la moral...

¡Y he aquí un hombre que enseña, él también, un método particular de unión con Dios, he aquí personas que se caracterizan por una vestimenta particular! Los inquisidores de Toledo son alertados. "Van a hacer de UD. y sus compañeros una carnicería", le dicen a Iñigo. Era noviembre de 1526.

No hicieron más que una encuesta y dejaron a Juan Rodríguez de Figueroa, Vicario General, el cuidado de llevar adelante el proceso. La conclusión fue tranquilizadora: nada que decir sobre la doctrina y el estilo de vida de los compañeros: que terminen con todo de caracterizarse por vestimentas uniformes. Iñigo acepta la sentencia, no sin dar su opinión.

-- No veo cuál es la ventaja de estas inquisiciones. El otro día un sacerdote negó la comunión a uno de nosotros, con el pretexto de que comulgaba todas las semanas. A mí también me pusieron dificultades de este tipo. ¿Si o no?; ¿acaso se ha descubierto en nosotros una herejía cualquiera?

-- No, responde Figueroa, si llegan a encontrar alguna lo quemarán vivo.

-- ¡Pero lo quemarán a usted también, si encuentran una en usted mismo!

¡La humildad tiene respuestas de ese tipo!

Iñigo estuvo más o menos tranquilo durante algunas semanas y luego una mañana fue llevado a la cárcel... Por su culpa, se decía, dos mujeres, madre e hija, ésta última muy hermosa además, se habían fugado de Alcalá. Para poder justificarse, hubo que esperar el retorno de las fugitivas, partidas en peregrinación a pesar de la opinión de Iñigo. No fue liberado hasta cuarenta y dos días después. Y como se necesitaba una sentencia, se agravó la precedente: él y sus amigos deberían vestirse como los estudiantes y abstenerse de hablar de cosas de fe antes de haber hecho cuatro años más de estudio.

Ya que le "cerraban las puertas a su intención de ayudar a las almas" (Autobiografía, nn.58-63), Iñigo resolvió dejar Alcalá y partir hacia Salamanca.

SALAMANCA Y LOS ERRORES DE ERASMO

La estadía en Salamanca fue breve: dos meses... contando tres semanas en prisión! Iñigo se preocupó en la Autobiografía de contar estos episodios: es que en estos procesos estaban en juego el contenido mismo de los Ejercicios.

Diez a doce días después de su llegada, en la mitad del mes de julio de 1527 fue invitado a almorzar en el convento de los Dominicos. De hecho se trataba de un interrogatorio: ¿qué es lo que usted predica? ¿de qué cosas de Dios habla usted? ¿cómo habla usted de los vicios y las virtudes? Después viene el dilema con una trampa:

-- Nadie puede hablar de los vicios y virtudes sino de una de estas dos maneras: o por saber adquirido o por el Espíritu Santo. Sin embargo, no se trata de saber adquirido, luego es por el Espíritu Santo.

Iñigo calla, sospechando la trampa... Pero el Dominico se impacienta:

-- ¿Cómo? En estos momentos en que se expanden tantos errores de Erasmo y de tantos otros que confunden al mundo, ¿usted no quiere rendir cuentas de lo que enseña?

¿Erasmo! Después de la de los "alumbrados" aparece una nueva sospecha. Al mismo tiempo, en Valladolid, transcurría el proceso del gran humanista del Renacimiento. ¿Era acaso la preocupación por la ortodoxia que le valía esa querella, o el rencor de los monjes hacia los cuales no se había mostrado nada tierno en sus obras? De Erasmo, Iñigo conocía el Manual del soldado cristiano. Uno de sus discípulos y primeros biógrafos Pedro Ribadeneira, pretende que se había hecho contra él una aversión instintiva, por el hecho de que Ignacio leyendo ese libro había sentido enfriarse su devoción. La verdad debe ser más compleja, ya que, entre los Ejercicios y el Manual encontramos más puntos en común que divergencias: orientación fundamental del hombre hacia Dios, relatividad de las cosas creadas respecto a este fin, primacía de la religión interior, devoción centrada en Cristo, necesidad del discernimiento... Pero es probable que la sensibilidad religiosa de Iñigo haya experimentado la frialdad de esta enseñanza: Erasmo no era un santo, su devoción no era demasiado prudente, demasiado equilibrada. Por otra parte, debió sentirse herido en su sentido eclesial y su respeto a la tradición, por una clara desconfianza en el Manual hacia las formas tradicionales de la piedad, como el ayuno, las peregrinaciones, etc., y por una cierta autonomía de la Iglesia jerárquica. Teniendo en cuenta esto, la alusión del Dominico no tenía razón de ser.

Sin embargo, Iñigo fue nuevamente encerrado primero en el convento, luego en la cárcel. Confirió el manuscrito de los Ejercicios a sus jueces. No encontraron nada criticable sobre la fe, pero quisieron saber más sobre la teología moral: en efecto, hay al comienzo del librito, algunas notas para ayudar a hacer el examen de conciencia.

-- Si digo la verdad o no, ustedes tienen que determinarlo, les dice Iñigo. Y si no es la verdad, condenen lo que yo digo.

Este tipo de réplica, que nos recuerda las de Juana de Arco ante sus jueces, sitúa exactamente la humildad de Iñigo. Está hecha de sumisión a la autoridad, pero no abdica para nada de aquello que cree verdadero. No descansará hasta que los Ejercicios sean definitivamente reconocidos por la Iglesia. No para su propia reputación sino "para la gloria de Dios y la salvación del mundo". Para obtenerlo está pronto a soportar todo, incluso se alegra de ello:

-- Le aseguro, decía, a uno de sus jueces, que no hay en Salamanca anillos de hierro y cadenas en cantidad tal como para que no quiera aún más por amor de Dios.

Este es el "tercer grado" de la humildad. El amor es locura pero a este punto, aparece mucho más claramente la sabiduría del discernimiento.

Por lo demás, los procesos de Alcalá y de Salamanca le aportaron mucho a Iñigo. Reconoció que, para la defensa de los Ejercicios necesitaba trabajar todavía, aún a expensas de un apostolado inmediato. Reconoció también que no es necesario distinguirse en el aspecto exterior para ayudar a los hombres, pero también se niega a admitir el fundamento de las restricciones que se le imponen a su apostolado. Después de la lectura de la sentencia de Salamanca que renueva la de Alcalá, exclamará:

-- Cumpliré lo que la sentencia ordene, pero no la acepto, dado que, sin condenarme sobre ningún punto, me cierran la boca para que no ayude más a mi prójimo todo lo que podría (Autobiografía, nn.64-72).

Luego de esto, a lomo de un burro, deja su país.

PARIS O LA VIDA DE ESTUDIANTE

Teniendo en cuenta que, por muchas razones, sus estudios no fueron llevados con toda seriedad, Iñigo va a retomarlos desde la base en París. Es propio de su estilo: nada de medias tintas. Borrar y empezar de nuevo, con la misma pasión que en Manresa donde descubría su "nueva vida", con la misma intransigencia que en la partida hacia Jerusalén: "¡ni un centavo!" Porque es el mismo amor para el mismo designio.

Todo lo que es secundario será sacrificado.

El amor propio en primer lugar. ¡Pero qué victoria sobre sí mismo sentarse una vez más, a los treinta y siete años, en los bancos de Montaigu, con los niños de París para declamar "rosa, la rosa"!

Renuncia también a las consolaciones que experimentaba en la oración; durante las clases, se distrae a menudo con pensamientos espirituales; lo confiesa a su profesor y le promete "no dejar nunca de escuchar toda la clase mientras pueda encontrar pan y agua para subsistir". Sin embargo, al decir de uno de sus familiares, deberá hacer "un gran esfuerzo para poder ejercitar guiado por maestros de la tierra su espíritu acostumbrado a ese maestro superior que es el Espíritu Santo". Más todavía, porque Dios le toma la palabra; su estadía en París estará acompañada de una gran aridez espiritual.

Otra renuncia: a su deseo de pobreza radical. Habitar en un hospital a tres kilómetros del Colegio, poder salir únicamente después de la salida del sol cuando las clases comienzan mucho antes, esto no es compatible con la seriedad de los estudios. para subsistir de otra manera intentará hacerse mucamo de un regente, como los estudiantes pobres, imaginando que su maestro será Cristo y que los escolares afortunados que viven en la casa serán los apóstoles, a los que obedecerá con solicitud. Pero, no habiéndolo encontrado, irá a buscar dinero donde se le encuentre: entre los ricos españoles de Flandes y de Inglaterra, para poder alojarse convenientemente, sobre llevar los gastos de sus estudios e incluso pagar los brindis que celebrarán sus éxitos universitarios.

Pero no renunciará totalmente al apostolado, ya que es el momento en que ganará, por los Ejercicios, sus primeros compañeros. Pedro Fabro y Francisco Javier. Pero medida que avanza en sus estudios, consagra más de su tiempo al trabajo: "en la universidad, nos dice, no hablo nadie de las cosas de Dios, pero, al final de la jornada, olvemos a nuestros hábitos" (Autobiografía, n.82). Cada cosa a su tiempo.

Tampoco puede renunciar a esa caridad inmediata que, frente al dolor del prójimo, obliga a dejar todo por él. Un día, se entera de que el español que lo había despojado de su dinero cuando llegó a París se encuentra gravemente enfermo en Rouen. Ir a ayudarlo es algo razonable. ¡Pero ese pobre hombre que llama es Cristo! ¡Hay que ser loco en la respuesta! Partirá descalzo, sin comer ni beber a lo largo de ciento veinte kilómetros... Pensando en esto, el miedo lo acecha desde el despertar, y lo acompaña todavía cuando franquea la puerta de Saint Denis para llegar a la llanura de Monceau camino a Argenteuil. Pero pasando este pueblo, sobre la colina que domina París, el miedo lo abandona repentinamente, y se siente lleno de energía y de alegría ¡hasta el punto de ponerse a gritar a las flores del campo que Dios es bueno! (Autobiografía, n.79).

Sin contar esta locura necesaria, y algunas otras, es un estudiante cumplidor.

No eligió París por razones de prestigio intelectual que las universidades españolas no tenían por qué envidiar, sino por razones de "método y de programa". La enseñanza española se basaba en el magisterio, la de París, en ejercicios prácticos, repeticiones, relaciones personales del maestro con sus alumnos, y los más avanzados tomaban a su cargo a los menos dotados. En resumen, el método parisino hacía recordar al de los "Ejercicios Espirituales". No debe asombrarnos que Iñigo se haya sentido atraído por él.

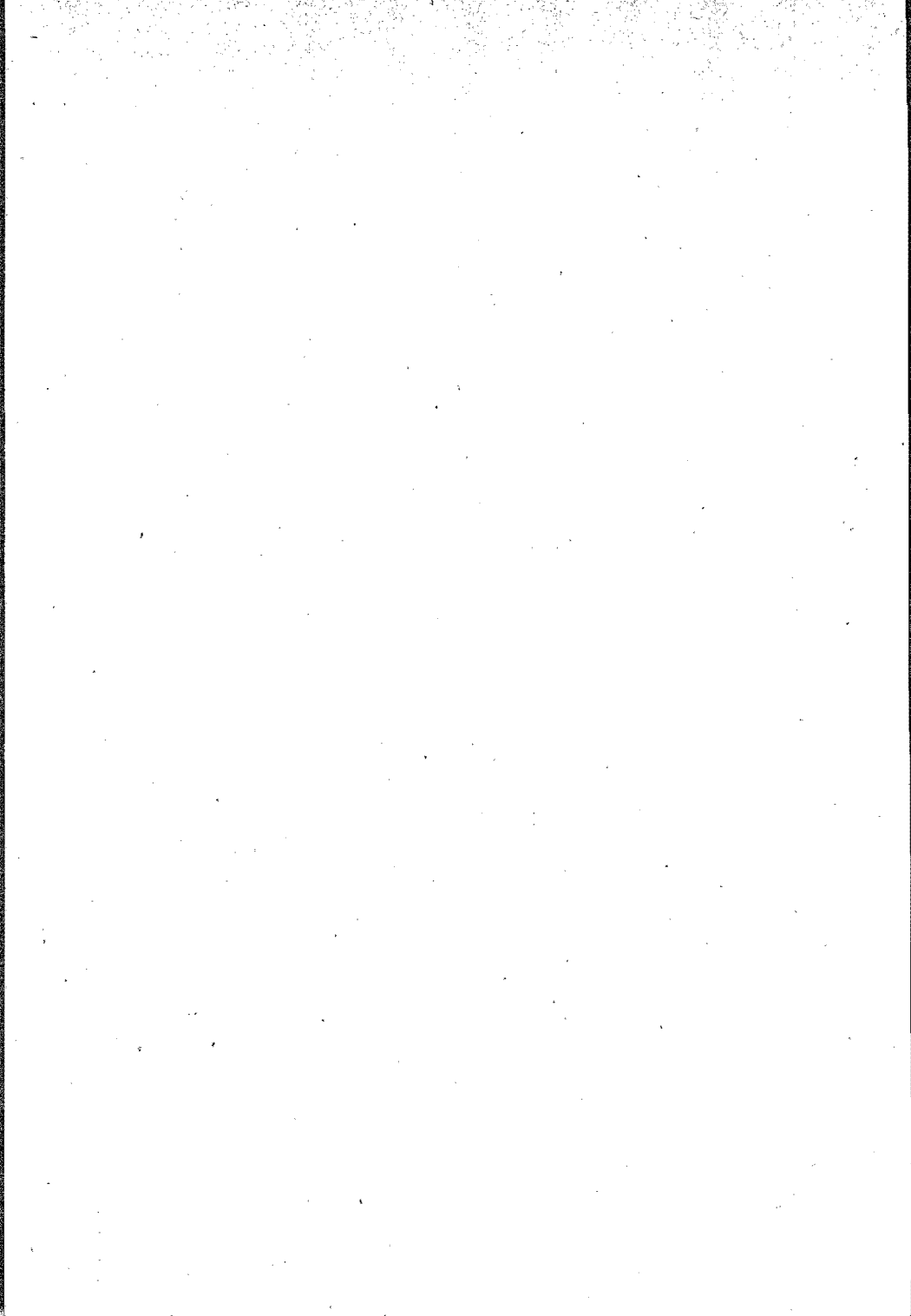
Progresó muy rápidamente. Luego de veinte meses de "humanidades" en Montaigu (latín y retórica), se inscribió en Santa Bárbara en octubre de 1529. Se recibió de bachiller en diciembre de 1532 y pasó a ser "Maestro en Artes" (aproximadamente el equivalente de la maestría en letras clásicas y filosofía) en marzo de 1533. A partir de entonces, lo llamarán "maestro Ignacio". Este será su más alto título universitario, ya que sus estudios de teología entre los dominicos del convento de los jacobinos (¡realmente no les guarda rencor!) serán interrumpidos en 1535 por una grave enfermedad.

Cuando está por dejar París, se entera de que un proceso ha comenzado contra él. Acaba de terminar el "Affaire des Placards" (la mañana de domingo, 18 de octubre

de 1534, una serie de carteles se encuentran en los muros de París, contra la doctrina católica tradicional sobre la Eucaristía), y la Inquisición redobla su celo contra todo lo que parece ser herejía. Entonces, una vez más, porque está en juego lo que más quiere, Ignacio busca quedar libre de toda sospecha. Aunque el inquisidor lo tranquiliza, exige que el proceso se continúe hasta el fin, o al menos que las intenciones del inquisidor queden registradas por un escribano, ante testigos. Cumplido esto, Ignacio podía partir hacia España para retomar sus fuerzas. Dejaba intacta en París la reputación de los Ejercicios.

Por medio de sus estudios había adquirido la sabiduría "de los sabios y prudentes".

Pero había ganado compañeros para la "locura" del amor. Compañeros que dejaba en París, pero para reencontrarlos muy pronto. Desde hace algunos meses, en efecto, su vida se relata en plural...



SEGUNDA PARTE :

COMPAÑEROS PARA SERVIR EN LA IGLESIA

15 de agosto de 1534

La ambientación es la misma, o casi la misma. Pero es vista de más arriba a medida que los siete compañeros ascienden la colina Montmartre, cubierta de viñedos y de molinos de viento. Antes de la cima, encontramos la capilla del Martirio, aislada en medio del campo. Es aquí, según la leyenda, que San Denis y sus compañeros fueron decapitados (actualmente en el número 11 de la calle Yvonne-le-Tac).

Pedro Fabro, el único sacerdote del grupo, celebra la misa de la Asunción de la Virgen María: ¡Gaudeamus Omnes!... En el momento de la comunión se vuelve hacia los compañeros, con la hostia en la mano. Entonces cada uno se compromete por un voto a la castidad, a la pobreza evangélica, y a partir hacia Jerusalén en misión si, en un plazo previsto, el viaje es posible.

Terminada la misa, bordean la colina por el oeste; en la ubicación actual de la plaza Girardon se encuentra la fuente de San Denis. Se instalan para merendar a la sombra, con los alimentos que han traído y algunos racimos de uvas del lugar. Una escena que no deja de recordarnos al último capítulo de San Juan. Conversan, callan, ríen a veces... Uno de ellos cuarenta años más tarde, recordará la "alegría y la exaltación" de esa jornada.

Cuando se pone el sol, bajan a París, "alabando y bendiciendo a Dios".

Un hermoso día de verano. Nada que se parezca a una fundación. Es necesaria la perspectiva de la historia para comprender la placa que se encuentra en la actual capilla del martirio, que recuerda que "La Compañía de Jesús reconoce a Ignacio de Loyola por Padre y a Lutecia por Madre".

Sin embargo, es verdad; el 15 de agosto de 1534, siete hombres se comprometieron juntos con Jesucristo para un proyecto común.

Se llaman Ignacio de Loyola, Pedro Fabro, Francisco Javier, Alfonso Salmerón, Santiago Laínez, Nicolás Bobadilla y Simón Rodríguez.

VI. ELEGIDOS PARA SER COMPANEROS

Considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a suma pobreza espiritual y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; segundo, a deseo de oprobios y menosprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero pobreza contra riqueza; el segundo oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero humildad contra soberbia.

Ejercicios, n.146

Desde hace mucho tiempo, el soplo del Espíritu conducía a Iñigo hasta el dormitorio del Colegio de Santa Bárbara, cuya puerta franqueó en septiembre de 1529, algunos días antes del comienzo de las clases.

Hasta ese momento, sus caminos parecían no conducir a ninguna parte. A medida que intentaba nuevas experiencias, le era revelado, de una manera o de otra, que no era voluntad de Dios. Y cada vez, en lugar de tropezar contra el obstáculo, tomó un camino lateral o volvió sobre sus pasos, con mucha elasticidad, sin renegar de la experiencia. De aquí extraerá, por otra parte, algunos elementos para la formación de los jóvenes jesuitas. Les hará intentar experiencias similares, o experimentos, a la vez ensayos y pruebas. Como él, el novicio hará los Ejercicios, partirá en peregrinación, servirá a los enfermos en los hospitales, etc., antes de comenzar los estudios. Es también a través de estos experimentos que hará el aprendizaje de la humildad.

Sin embargo, desde Manresa, un deseo constante habita el corazón de Iñigo: compartir con otros lo que ha vivido y lo que quiere vivir en el futuro. Al principio, con algunas mujeres devotas de Manresa, y de Barcelona, luego con los compañeros que lo seguirán en el transcurso de sus

estudios en España. Al partir hacia París, fijó con ellos una fecha de encuentro. Nunca vendrán. Y también en París, intentó con los Ejercicios, dar cuerpo a su proyecto de compañerismo. Sin mayor éxito.

Finalmente, provisto de su pequeño equipaje, el viejo escolar de Montaigu, que acaba de inscribirse en el curso de "Artes", entra al dormitorio circular, cuyos muros continúan una torre del edificio.

COMPAÑEROS DE CUARTO

Los dos estudiantes que lo ocupan le hacen un lugar sin mayor entusiasmo. Viven juntos desde hace cuatro años y, a pesar de las diferencias de clase social, se han vuelto muy amigos. Forzosamente, el "nuevo" molesta... ¡Todavía no saben hasta qué punto!

El primero en simpatizar con él será Pedro Fabro, porque le pidieron ser el ayudante del viejo estudiante. Nació en 1506 en Villaret, un pueblito de Saboya, en un hogar de campesinos. Quería estudiar a toda costa, y sus familiares debieron separarse del joven pastor. Actualmente es licenciado... Escuchémoslo:

Ese año, Iñigo entró al Colegio de Santa Bárbara en el mismo dormitorio que nosotros, con la intención de seguir los cursos de "Artes" en el período siguiente, siendo nuestro regente el encargado de ese curso. Bendita sea la hora de ese encuentro, dispuesto por la soberana Providencia para mi bien y para mi salvación: ya que después que ella dispuso que yo instruiría a este santo hombre, se sucedieron para mí relaciones al comienzo superficiales, luego íntimas con él, y más adelante una vida en común donde teníamos entre dos, el mismo dormitorio, la misma mesa y la misma bolsa de dinero. (Memorial de Pedro Fabro, n.8)

"Entre dos"... como si el tercero hubiera quedado fuera. El tercero es Francisco Javier, de 23 años como Pedro, mientras que Iñigo tiene 38. Es verdad que sus relaciones no fueron inmediatamente cálidas. Españoles los dos, pero diferentes como un Vasco y un Navarro. Nobles los dos, pero tan alejados uno del otro como pueden estar

el que ha renunciado a los "honores mundanos" y el que los busca frenéticamente. En cuanto a las apariencias, uno está mal vestido, enfermo y lisiado, habiendo pasado toda su vitalidad a su admirable mirada; el otro es buen mozo, elegante y se ha forjado una buena reputación como deportista en la universidad...

Gentilhombre ante todo, Francisco debió sin embargo acoger al recién llegado con una sonrisa cortés del gran señor que busca marcar las distancias. En cuanto a Iñigo, seguramente fue seducido desde el primer encuentro. Tenía enfrente a un ambicioso como él. ¿Pero qué proyectos estarían hechos a la medida de sus ambiciones? Esta es la pregunta que le planteará a Javier, llegado el momento. Mientras tanto, se esforzará para ganar su amistad, con pequeños servicios, sobre todo de orden financiero, ya que el ritmo de vida de Francisco no tiene relación con su fortuna, mientras que Iñigo, que vive con lo imprescindible puede ayudarlo.

LA CARTUJA DE VAUVERT

Un poco más allá de la puerta de Saint-Jacques, los Cartujanos habían edificado un hermoso monasterio, rodeado por un célebre claustro, que está ocupado hoy parcialmente por el jardín de Luxemburgo. Es en ese lugar que, el domingo, Iñigo y sus compañeros asistían a la misa y celebraban el día del Señor en el recogimiento y las conversaciones espirituales.

Muy pronto, en efecto, Pedro Fabro no estuvo más solo con él. Otro estudiante, Simón Rodríguez, portugués y dos jóvenes españoles, Diego Láinez y Alfonso Salmerón de 19 años de edad, habían sido seducidos por Iñigo, uno por uno. El último en venir fue Nicolás Bobadilla, llegado a París, tan pobre como Job, en la primavera de 1533. En esa fecha, Francisco Javier se había unido al grupo finalmente.

Las conversaciones espirituales, son, junto al discernimiento, uno de los dos carismas de Ignacio. Posee ese don muy raro de traducir en palabras lo que ha experimentado en la oración. Recordemos ese día en que tuvo, en Manresa una "visión" de la Santísima Trinidad: "después

del almuerzo, nos dice, no pudo hablar de otra cosa que no fuera la Santísima Trinidad, ayudándose de numerosas comparaciones, con mucha alegría y consolación" (Autobiografía, n.28). Esta "energía espiritual", para hablar como los teólogos de Oriente, acumulada en él en un instante con una intensidad tal que las lágrimas le brotaban, es capaz, en un segundo tiempo, de convertirla en un lenguaje inteligible y familiar para los otros.

Por otra parte, contactos de todo tipo, a menudo con enemigos, y la voluntad de "buscar a Dios" en el rostro de todo interlocutor, le habían dado ese sentido del diálogo, y de un diálogo que avanza en lugar de girar en redondo. Por algo inscribió al comienzo de los Ejercicios ese "presupuesto" de todo encuentro de hombre a hombre, que deberían tener sin cesar ante los ojos todos aquellos que participan en reuniones, foros y coloquios de todo tipo:

Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla. Y si no la puede salvar, inquiría cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola se salva. (Ejercicios, n.22)

De esta manera, sin lugar a dudas, en el claustro de la Cartuja de Vauvert, Iñigo prepara a sus amigos para los Ejercicios, que harán nacer a la Compañía de Jesús. ¿Porque él no dio los Ejercicios de entrada, sobre todo a estos seis! Pedro Fabro, el primero, los hizo en 1534, luego de cuatro años de conversaciones espirituales. Y Francisco el último, porque era "la arcilla más difícil que Ignacio haya tenido que modelar jamás", los hizo después del voto de Montmartre.

Algunos documentos nos dan una idea del tono de esas conversaciones. Era la vida cristiana, simplemente, una especie de catecismo, pero vivido interiormente, donde la vida de Dios entra directamente en contacto con un hombre de carne y hueso, como el fuego con el hielo. A través de un cierto tipo de examen de conciencia - ¡nada más!. Iñigo ayudaba a crear ese contacto cotidiano entre la fe y la vida, dejando "al Creador comunicarse él mismo con el alma

fiel". No se trata de contabilizar lo positivo y lo negativo de la existencia, por más que esta evaluación sea necesaria para darle contenido carnal a la oración. Pero el alma es captada en un movimiento de acción de gracias y de contrición que, día tras día, abre más ampliamente el corazón a Dios y lo vuelve sensible a los mínimos gestos del amor de Dios. Entonces los sacramentos dejan de ser ritos para volverse "signos sensibles" del amor. Y el hombre llega al punto crítico en que la elección se vuelve ineludible: imposible servir a dos señores... Es este momento el que elige Ignacio para lanzarlo a la soledad de los Ejercicios Espirituales.

LOS TREINTA DIAS

Ya en 1532, Pedro Fabro había tomado la resolución de "seguir a Iñigo en una vida pobre". En cuanto a Francisco Javier, cambió muy pronto hasta el punto de querer renunciar a sus tareas en el liceo de Dormans-Beauvais para entregarse a la oración. De uno y de otro, Iñigo moderó los impulsos: el tiempo no había llegado.

Pedro hizo los Ejercicios durante el invierno de 1534, después de una estadía en Saboya. Ese invierno fue, según parece, muy riguroso, y el Sena estaba congelado. Se lanzó de lleno en los Ejercicios, no aceptando durante la primera semana, comer ni beber, ni hacer fuego en su cuarto. Exceso, sin lugar a dudas, pero esto no contradice el espíritu de los Ejercicios Espirituales; exactamente lo mismo hacen los deportistas en sus ejercicios, forzándose temporalmente hasta los límites de la resistencia humana. También en la oración, la libertad adquiere su real dimensión al llegar a los límites: de esta manera la meditación de los pecados lleva a imaginar el "no" absoluto, y la meditación del infierno que culmina en acción de gracias, permite concebir las posibilidades de un "sí" absoluto, en respuesta al llamado de Cristo.

Pedro estaba maduro para esa respuesta cuando Iñigo le pidió que terminara su ayuno y que encendiera el fuego. Entonces, entregado día tras día a la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, encontró la paz que había buscado vanamente hasta ahora.

Su "elección" - ese punto central de los Ejercicios en que la voluntad humana se une sin reserva a la de Dios para un proyecto de ahora en adelante común - confirmó su resolución anterior: seguirá a Iñigo "con una vida pobre", "sin el menor rastro de búsqueda de los honores y las ventajas del mundo". El, que había sido el perpetuo indeciso estaba de ahora en adelante orientado.

Anteriormente, quiero decir, antes de haber fijado la orientación de mi vida gracias a la ayuda de Dios que recibí por medio de Ignacio, había caminado siempre en medio de la duda,arrastrado por todos los vientos, deseando un día casarme, otro día volverme médico, o jurista, o regente, o doctor en teología, o cura, y a veces incluso deseando ser monje; era llevado al azar por esos vientos, según el que primara, de acuerdo al momento. Como dije, el Señor me liberó de todos esos impulsos por las consolaciones de su Espíritu, y me hizo tomar la decisión de hacerme cura, para estar enteramente entregado a su servicio; nunca hubiera estado, por mis méritos a la altura de semejante tarea; ni de sus llamados, ni de su elección, pero el agradecimiento me obliga a responder por medio de todos los trabajos de que soy capaz, en cuerpo y alma. (Memorial de Fabro, n.14)

En estas líneas extraídas de un diario íntimo, quien está familiarizado con los Ejercicios, reconoce los rasgos específicos de la experiencia ignaciana: "el llamado y la elección" de Cristo, la "seducción de la pobreza y del rechazo de los honores para ser con Cristo pobre y humilde, el discernimiento de las consolaciones espirituales que conduce a la decisión de seguir a Cristo en su estado de vida determinado, finalmente, el compromiso en el trabajo apostólico, no concebido como un deber, sino en un espíritu de agradecimiento que hace volver a Dios las gracias recibidas... Un movimiento que se une profundamente a la vida de Cristo, contemplada a lo largo del día, desde el compromiso de su Encarnación hasta su reunión con el Padre.

Uno a uno, los seis compañeros hicieron la misma experiencia. El resultado fue que nada podría de allí en adelante separarlos. Intentaron entonces prever lo que

harían juntos. En cuanto a su estado y a su estilo de vida, no existían más problemas: serían sacerdotes, y vivirían en pobreza al servicio de los hombres. ¿Pero dónde? En Jerusalén si era posible. Si no, se presentarían al Vicario de Cristo "para que los envíe allí donde juzgue que sería lo más conveniente para la gloria de Dios y para el bien de las almas". ¿En qué plazo? Se daban un año a partir del momento en que se encontrarían nuevamente en Venecia para buscar una ocasión para embarcarse.

Habiendo tenido todas las hipótesis en cuenta, hicieron el peregrinaje de Montmartre en la mañana de Asunción de 1534 y se comprometieron por medio de un voto con gozo y alegría. Fue un día de nacimiento.

"SENTIR CON LA IGLESIA"

El voto de Montmartre sigue la línea de los Ejercicios: "Para la gloria de Dios y el bien de las almas". Más que una resolución, es una elección efectiva, concebida en la oración de una comunidad de Iglesia. Como los apóstoles después de la Ascensión, esperan la "confirmación". Si ella no viene, es decir, si el viaje a Jerusalén no se puede realizar se dirigirán a la comunidad ampliada de la Iglesia universal, es decir, al Papa, para asumir otras misiones de acuerdo a su proyecto de ubicarse donde las necesidades fueran más urgentes, y el bien a atender, más duradero y más universal. No existen dos proyectos, el de un grupo y el de la Iglesia, el de una iniciativa privada y el de la obediencia universal, sino dos posibilidades de un mismo servicio. En los dos casos, lo que mueve a los compañeros es el servicio a la Iglesia. Por una especie de instinto, un "sentir", como dice Ignacio.

Por este instinto, el pequeño grupo evitó cerrarse en el fervor de su comunión. El peligro era real en aquellos tiempos, como actualmente. Si las crónicas existentes insisten sobre todo en los incidentes violentos causados por el choque de los católicos y de los reformados, la fermentación de los espíritus era mucho más profunda que esas manifestaciones. Muchos partidarios más o menos confesos de la Reforma, vivían en grupos muy fervientes, y

Francisco Javier había sido seducido por "esos compañeros exteriormente irreprochables" (Carta de Francisco a su familia) que no veían otra salida a sus problemas que una ruptura de hecho con la Iglesia institucional.

Confrontado por ese fenómeno, Ignacio agregó algunos apuntes al libro de los Ejercicios, cuando se constituía el grupo de compañeros: "reglas a observar para tener el sentido verdadero que debe ser el nuestro en la Iglesia militante" (Ejercicios, nn.353-370). Muy marcadas por su época, esas reglas en sus detalles son a menudo anacrónicas. Pero es muy importante para nosotros que hayan sido precisamente marcadas por su época. Para Ignacio en efecto, la Iglesia no está fuera del tiempo, está hecha de hombres y por la acción de los hombres y cooperando con Dios en la historia. Evidentemente, todo lo que es histórico es pasajero: ayer las indulgencias, las cruzadas y la abstinencia del viernes, que Ignacio, entre otras cosas, recomienda "alabar"; actualmente, es la puesta en obra del Concilio Vaticano II; mañana surgirán otros problemas, a medida que el "aspecto de este mundo" vaya cambiando; pero, en todo lo que surge de nuevo y donde la Iglesia toma posición se trata siempre de la cooperación de Dios y los hombres.

Esta es la razón de la "primera regla", y mantendrá siempre actualidad:

Dejando de lado todo juicio propio, debemos tener el corazón dispuesto a obedecer en todo a la verdadera esposa de Cristo nuestro Señor, nuestra santa madre la Iglesia jerárquica. (Ejercicios, n.353)

Se trata de "corazón" y de "disponibilidad", de solidaridad y servicio. La Iglesia es "esposa", por consiguiente no podemos vivir fuera de ella, fuera de esa comunidad militante de hombres y mujeres que profesan la fe en Jesucristo. Hombres que, aún en su cabeza, no están eximidos de todo reproche - ¡bien lo sabía Ignacio! Asimismo, "dejar de lado todo juicio propio" no es una abdicación de la inteligencia, sino de someter la crítica a los que pueden "remediar el mal", más que proclamarla en la plaza pública (Ejercicios, n.352). "Dejar de lado todo juicio propio" es realmente abandonar mi pretensión de poner mi juicio

personal antes que el de mi comunidad, o el juicio de mi comunidad antes que el de la Iglesia universal...Imposible aceptar tal desprendimiento sin una unión casi visceral o, si se quiere conyugal: "Creemos que entre Cristo nuestro Señor, que es el Esposo y la Iglesia su Esposa, hay un mismo Espíritu que nos gobierna y nos dirige" (Ejercicios, n.365).

Ni servil ni inhumana, la obediencia a la Iglesia es una ofrenda de libertad. Es por consiguiente un mismo movimiento de corazón el que lleva a los siete compañeros a Montmartre para ofrecerse a Cristo en una consagración de su existencia común y que muy pronto va a conducirlos a Roma a ofrecerse al Papa, para ser enviados en misión.

HASTA LA VISTA

El 16 de agosto por la mañana, la vida retoma su ritmo. Francisco Javier hará los Ejercicios antes del comienzo de las clases. En la Saint-Remi, todo el mundo se pone a trabajar, Francisco en el Liceo de Dormans, los demás en Santa Bárbara o en los Jacobinos. Iñigo se sumerge en la teología.

Por poco tiempo. Al comienzo de 1535, cae gravemente enfermo. Es una litiasis biliar, con sus violentas crisis cuando pasan los cálculos. Una de ellas dura dieciseis o diecisiete horas de fiebre, vómitos, sudores fríos. Los médicos consultados aconsejan el aire natal, los compañeros aprueban: Iñigo aprovechará su estadía para poner en regla los asuntos de familia y de sus amigos al mismo tiempo que los suyos.

Por última vez discuten. Iñigo se ve obligado a interrumpir los estudios, pero los demás deben proseguirlos y terminarlos. Se dan cita en Venecia para los comienzos del año 1537. Tal vez evocan la posibilidad de reclutar nuevos compañeros: en el encuentro de Venecia, ya no serán siete sino once. Al grupo parisino se habrán unido tres franceses, Claude Jay, un amigo de Pedro, Pascasio Broet y Jean Codure. Por su parte Iñigo llevará a Diego Hoces, de Málaga, "el primero de los compañeros que murió" (en 1538).

Luego de la deliberación los amigos consiguen fondos para comprar un caballo, e Iñigo atravieza por última vez la puerta de Saint-Jacques en camino hacia España.

¡Adios París! ¡Hasta la vista compañeros!

noviembre de 1537

Acompañado de Diego Laínez y de Pedro Fabro, el "Peregrino" - es así que gusta nombrarse - llega al final de su viaje. No es Jerusalén la tan soñada hasta el último momento... Es Roma, es la Iglesia en lo que tiene de más visible, de más humano, de más entremezclado.

Los tres viajeros se encuentran a unos quince kilómetros de la ciudad. En una cruce, en el lugar llamado La Storta (el "viraje"), hay una pequeña capilla. Ignacio entra en ella para culminar la oración que ha comenzado al principio de la caminata, la que se hace en los Ejercicios en el momento crucial de la "elección": "orar a Nuestra Señora para que ella obtenga de su hijo y Señor la gracia de ser recibido bajo su estandarte". ¡Sí, que la Virgen tenga a bien ponerme con su Hijo!

En la capilla de La Storta, tiene repentinamente la certeza: "que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo. Que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo".

Cuando sale, viendo su rostro todavía iluminado, sus compañeros lo acosan a preguntas. ¿Pero qué decir? ¿Cómo traducir?

-- Me parece que Dios Padre imprimió en mi corazón estas palabras: "En Roma, estaré con ustedes". No sé qué nos va a pasar. Tal vez en Roma seamos crucificados... me pareció ver a Cristo con su cruz a la espalda y, al lado de él, el Padre eterno que decía a su Hijo: "Quiero que tomes a éste como servidor". Y Jesús me dijo: "Quiero que nos sirvas"...

Retomaron el camino, hacia el corazón de la Iglesia militante. Militar es sufrir. Su ascensión a Roma nos recuerda otra: "He aquí que subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado..."

Llegando a los suburbios, Ignacio dice a sus compañeros:

-- Veo las ventanas cerradas...

VII. UNIDOS PARA LA DISPERSION

En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios... Así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser para que me ayude para el fin que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio; más el medio al fin.

Es necesario que todas las cosas de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí, y que militen dentro de la Santa Madre Iglesia jerárquica.

No buscando ni queriendo otra cosa alguna sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor. Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e intereses.

Ejercicios, nn.169,170,189

Llegando a Roma, los compañeros saben que su identificación con Cristo pobre y humillado en el servicio de la Iglesia pasará, sin lugar a dudas, por las persecuciones, pero será en primer lugar, para cada uno de ellos y para todo el cuerpo, una disposición de espíritu, "en la medida en que cada uno dejare su amor, su voluntad y sus propios intereses". Salir de sí mismos, salir de la comunidad, es un mismo dinamismo que guiará su vida espiritual y su acción apostólica.

Para convencerse, basta hojear el calendario de los meses que pasaron desde que Ignacio dejó París: la comunidad, entendida como vida en común o proximidad física, no habrá durado, en forma permanente, más que los días del barrio latino.

Mayo de 1535. Iñigo llega a Azpeitia, su ciudad natal. Pese a las presiones familiares, se aloja en el hospital al servicio de los pobres. Luego parte a poner en regla

los asuntos familiares en la casa de los parientes de sus compañeros.

Enero de 1536. Se encuentra en Venecia donde, mientras espera a los compañeros va a intentar proseguir sus estudios. También va a dar los Ejercicios.

Noviembre de 1536. Adelantándose a la fecha prevista, los nueve compañeros dejan París rumbo a Venecia. Luego de la alegría del encuentro ¿van a quedarse juntos? No, se reparten en los hospitales de la ciudad.

Marzo de 1537. Los compañeros, excepto Ignacio, van hacia Roma para recibir la bendición del Papa, en vistas al viaje a Tierra Santa. Los que no son sacerdotes reciben permiso para ser ordenados, incluyendo a Ignacio lo que se cumple en Venecia, el 24 de junio. Esperan celebrar su primera misa en Belén. Pero en esos días, Venecia rompe sus relaciones diplomáticas con el Gran Turco. El barco de los peregrinos no partirá jamás.

Julio de 1537. En lugar de esperar en Venecia el fin del plazo previsto, los compañeros se dispersan de a dos en las ciudades vecinas. Ignacio, Fabro y Laínez se instalan en Vicenza, en las ruinas del Monasterio en deshuso de Vivarolo, "sin puertas ni ventanas", sigue siendo lo que más se parece a la gruta de Belén... Durante esa estadía juntos, luego de haber reflexionado y rezado, se dan un nombre "Compañía de Jesús".

Octubre de 1537. Nueva dispersión: la perspectiva del viaje se aleja nuevamente, pero el campo de su misión se extiende. Siempre de a dos, parten hacia Siena, Bolonia, Ferrara, Padua... Ignacio, Fabro y Laínez tomaron el camino hacia Roma en donde los hemos encontrado en el cruce de La Storta.

Pascua de 1538. Se reencuentran todos en Roma. Su convicción es firme: su unión debe ser compatible con el hecho de que vivirán dispersos: ¿Cómo resolver ese problema? Van a deliberar sobre el asunto.

Ya que, desde su llegada, sus jornadas están completas por el trabajo apostólico, es de noche que se reencuentran tanto tiempo como es necesario. La Deliberación, comenzada al principio de la Cuaresma de 1539, culminó recién el 24 de junio. De ella seguiremos el informe [1]:

La cuaresma anterior, como instase el tiempo en que deberíamos dividirnos y separarnos unos de otros, lo cual también esperábamos con sumos deseos para llegar cuanto antes al fin que teníamos ideado y establecido, y con vehemencia deseado, resolvimos estar juntos entre nosotros por muchos días antes de la separación, y tratar de esta nuestra vocación y forma de vivir. Lo habíamos realizado ya varias veces, pero nuestro grupo, comprendiendo franceses, españoles, saboyanos y portugueses, nos dividía en modos diferentes de opinar sobre cómo sería nuestro estado, si bien todos tenían una intención y voluntad de buscar la beneplácita y perfecta voluntad de Dios, según el blanco de su vocación. Pero era sobre los medios, los más aptos y los más eficaces tanto para nosotros como para nuestro prójimo, que se manifestaba una cierta multiplicidad de pareceres... Finalmente decidimos y fijamos de común acuerdo dedicarnos con más fervor que el acostumbrado a la oración, a la celebración del santo sacrificio, a la meditación y, así puesta toda la diligencia posible, dejar todo lo demás en manos del Señor...

Comenzamos por nuestra parte a desplegar todos los esfuerzos y a someternos algunos problemas que exigían un atento examen y una seria investigación. Aquí pensábamos y reflexionábamos durante la jornada; la oración nos era también un medio de búsqueda. De

[1] Cf. una traducción de este informe en la revista *Christus*, n.47, p.384-391. Ver también un comentario de J.C.Futrell, *Prière et décision* (suplemento de *Vie Chrétienne*, n.147), p.42-46.

tarde, cada uno proponía en público la solución que juzgaba la mejor y más ventajosa; así queríamos todos juntos tomar la decisión más justa; resultaría de un debate colectivo y se fundaría sobre las razones más valederas.

Ni en ese preámbulo ni en el resto del documento, el nombre de Ignacio se pronuncia: es el grupo como tal que delibera. Un grupo cuya amistad no ha borrado las diversidades de temperamentos o de nacionalidad, pero cuyo proyecto común es bien claro. No volverán atrás en ese proyecto ya que, según el espíritu de los Ejercicios se trata "no de ordenar y someter el fin a los medios, sino el medio al fin". Cada uno va por consiguiente a reubicarse, en la oración, en "la línea del llamado". Lo que no impide establecer un orden del día y un método de trabajo. Luego se entra al calor del debate.

UN SOLO CUERPO

El primer problema que los deliberantes se plantearon ante la perspectiva de su dispersión fue aparentemente salvado sin dificultad:

¿Debíamos permanecer tan unidos los unos a los otros y tan estrechamente vinculados en un solo cuerpo que ninguna separación física, incluso considerable nos pudiese apartar o todo lo contrario? Terminamos por transar afirmativamente. Puesto que el Señor, se dignó, en su clemencia y misericordia, reunirnos, pobres hombres de países distintos con costumbres diferentes. Para unirnos estrechamente, no debíamos romper la unión de este grupo, obrada por Dios, sino al contrario debíamos continuar afirmándola y estabilizándola en un solo cuerpo. Un tomar mutuamente las cargas y un pleno entendimiento de los unos con los otros aseguraría un fruto más abundante para las almas: las fuerzas que se unen tienen más resistencia y energía para realizar grandes empresas difíciles, que si se dividen y dispersan.

¿Pero cómo realizar ese cuerpo, que se ve proyectado claramente, para dar "frutos"? ¿Cuál sería el lazo orgánico

entre esos hombres físicamente dispersos? Y si, como deseaban, el cuerpo debería desarrollarse, ¿cuál sería la garantía de su unidad y su cohesión?

Todos habíamos hecho voto de castidad perpetua y de pobreza. Faltaba hacer el tercero, el de obedecer a uno de nosotros, a fin de poder más puramente, con mayor alabanza y gloria de Dios, cumplir en todo la voluntad del Señor al mismo tiempo que la libre voluntad y el mandato de Su Santidad a quien habíamos de todo corazón ofrecido todo, nosotros mismos, nuestra voluntad, inteligencia, actividad.

Se ve entonces planteado el problema de la obediencia en el interior del cuerpo. Esos compañeros ya decidieron obedecer al Papa: es un punto fundamental de su proyecto, al cual por consiguiente, no quieren renunciar. Pero esa obediencia es una fuerza centrífuga ya que los envía en misión. Por otra parte, no ignoran la gran tradición monárquica de la virtud de obediencia en la imitación de Cristo. En este momento, la obediencia a uno de ellos aparece bajo un nuevo aspecto: una forma de realizar su designio de unión en y para la dispersión. Pero como sucede cada vez que se quiere encarnar un proyecto de una manera concreta y precisa, presintieron las dificultades y se encontraron en desacuerdo. Fue necesario detener la deliberación y revisar el método:

Como para resolver este problema habíamos pasado días en oración y reflexión sin que se presentara nada satisfactorio a nuestro espíritu, depositamos nuestras esperanzas en el Señor y comenzamos a discutir entre nosotros sobre algunos medios para resolver felizmente nuestra duda.

REVISION DE VIDA

Este alto en el camino es significativo: nos encontramos bloqueados, ¿qué hacer para reemprender la marcha? Están haciendo juntos la experiencia de lo que los Ejercicios llaman "desolación": ya no ven más con claridad, y tinieblas se espesan. En este caso, dice San Ignacio, "no hay que cambiar nuestras decisiones anteriores por consi-

guiente la deliberación debe proseguir" - "por el contrario, es bueno transformarnos vigorosamente a nosotros mismos, por ejemplo perseverando en la oración, la meditación, el examen riguroso..." (Ejercicios, n.319).

En este espíritu que luego de haber visualizado varias hipótesis, toman tres decisiones:

1. Cada uno se prepararía y se dedicaría de tal modo a la oración, al santo sacrificio y a la meditación que todos sus esfuerzos buscarían encontrar alegría y paz en el Espíritu Santo respecto de la obediencia, procurando inclinar la voluntad, en cuanto se pudiera, más a obedecer que a mandar, si siguiera igual gloria de Dios e igual alabanza de su Majestad.
2. Cada uno de los compañeros no hablaría del problema con los restantes ni le preguntaría sus razones; de este modo ninguno sería influenciado por el pensar del otro y no inclinaría más a obedecer que a no obedecer o inversamente, sino que cada uno buscaría únicamente lo que la oración y la meditación le hicieran ver como más provechoso.
3. Cada uno se consideraría personalmente como extraño al grupo y como si nunca debiese ser recibido en el mismo. Viendo así las cosas, ningún sentimiento lo llevará a pensar o juzgar favorablemente un modo, si no que por así decir, extraño ante el problema, hará conocer libremente su pensar sobre el proyecto de obedecer o no obedecer, y finalmente confirmará y aprobará por su juicio el modo que, conforme a él, realizará el mayor servicio de Dios y asegurará por lo tanto una conservación duradera de la Compañía.

Inútil subrayar aún más la sabiduría de este "ponerse en condiciones de libertad espiritual"... y su actualidad en nuestra época de decisiones comunitarias.

OBEDECER PARA SERVIR

La deliberación continuó inmediatamente. Primero le llegó el turno a las objeciones: ¿el voto de obediencia no se oponía acaso al proyecto fundamental? Los argumentos

conservados ponen de manifiesto esta inquietud: en efecto, la conjunción de los tres votos - pobreza, castidad, obediencia - hará entrar a los compañeros en una categoría bien definida, la de "religiosos". Además, sin contar el hecho de que los religiosos, en general, tienen en esa época una mala reputación entre los fieles, ¿los compañeros no corren el riesgo, por esa integración, de ser sometidos al derecho común de los religiosos con las obligaciones correspondientes, por ejemplo la de residir en conventos o cantar el oficio en coro? Esto parece incompatible con su proyecto de "ir a todo el mundo".

Las razones positivas reflejan la misma preocupación: la obediencia es necesaria para que haya un responsable de la coordinación y de la ejecución de las misiones apostólicas; es igualmente indispensable para el mantenimiento, la cohesión y el desarrollo del cuerpo. Las razones de orden ascética aparecían solamente en tercer lugar.

Es entonces a través de una reflexión en profundidad sobre la dialéctica de la unión y la dispersión que llegaron a la conclusión, "no por mayoría sino por unanimidad absoluta: era para nosotros muy conveniente y muy necesario obedecer a uno de los nuestros".

Otros problemas quedaban pendientes, pero el punto esencial quedaba resuelto. También durante el mes de mayo, Ignacio fue encargado de redactar y de someter a los compañeros una "Fórmula del Instituto", una especie de carta que sería presentada al Papa para ser aprobada por él.

Todo en esta "Fórmula" - y en las Constituciones que la desarrollan - está articulado alrededor de los dos aspectos del proyecto: la unión para la dispersión, o el "cuerpo" para la "misión". Hay prioridad para la misión: consagrados a Jesús, los compañeros se consideran enviados. Y ya que se trata de misiones precisas, históricamente y localmente determinadas según las necesidades del momento, las van a recibir del Vicario de Jesucristo.

Se trata, dirá Ignacio, de ser enviados entre los fieles o infieles, en cualquier sitio donde el Vicario de Cristo juzgare que sea útil para una mayor gloria

de Dios y mayor bien de las almas. La Compañía no se ha fundado, en efecto, para un lugar determinado sino para repartirse por el mundo, en diferentes regiones y países, con el deseo, de alcanzar lo mejor, dejando al Soberano Pontífice el cuidado de repartirla. (Constituciones, n.603)

Este lazo con el Papa teniendo en cuenta las misiones, será, para cada jesuita, explicitado mediante un voto especial de obediencia. Siempre en función de la movilidad apostólica, vivirán la pobreza del Evangelio y rechazarán las dignidades, salvo orden expresa del Papa. Asimismo, para asegurar una mayor libertad de movimientos, no se registrarán por penitencias rituales, ni se verán obligados a celebrar el oficio en el coro de los monjes.

En cuanto a la unión entre los miembros del cuerpo, su cohesión y su vigor apostólico es el "Preósito General" -tomando en el sentido de universal, y por consiguiénte sin hacer referencia a la ;jerarquía militar! - el principal responsable. Elegido por sus compañeros, velará por el mantenimiento de la determinación original, por la formación de los jóvenes, por el discernimiento de quien es el más apto para cumplir determinada misión, por la unión entre los compañeros dispersos a través del mundo. Cada uno estará en relación con él o sus delegados de la manera más estrecha, para que el conocimiento mutuo sea lo más humano y profundo posible, y para que se confirme siempre el dicho: "Compañía de Jesús, comunidad de amor".

De esta manera culminará la deliberación de 1539:

Guardando la misma manera de discutir y avanzar durante el resto, visualizando continuamente los dos puntos de vista opuestos, permanecemos sobre estos problemas durante más de tres meses, desde mediados de cuaresma hasta la fiesta de San Juan Bautista inclusive. Este día todo terminó definitivamente en la alegría y el acuerdo total de las almas. Habían hecho falta, vigiliás, oraciones y fatigas espirituales y corporales antes de alcanzar estas decisiones.

LAS VENTANAS CERRADAS

La euforia duró muy poco. Pablo III recibió favorablemente el texto de la "Fórmula", pero faltaba formalizar la aprobación pontificia. El documento pasó a las oficinas ..., ¡y fue bloqueado en el camino! Luego de Alcalá, Salamanca, París y Venecia, ¿Ignacio acaso podía sorprenderse? Desde su llegada a Roma los compañeros habían sido odiosamente calumniados, y él había tenido que solicitar una audiencia del Papa para poner fin a los problemas.

Actualmente es en la Fórmula del Instituto, a raíz de los puntos que distinguen a los Compañeros de los demás religiosos, que el Maestro del Sagrado Palacio investigaba, ¡resabios de luteranismo!... Desamparado pero no resignado, Ignacio solicitó a los compañeros que orasen con más insistencia, hizo actuar a las poderosas amistades que tenía en la Curia, atenuó un poco el texto...

Pero se precisó más de un año para que fuera firmada la Bula de aprobación, y de esa manera, oficialmente fundada la Compañía de Jesús el 27 de septiembre de 1540.

22 de abril de 1541

En Roma, en la Basílica de San Pablo Extramuros. Seis de esos compañeros -ya que los otros han partido en misión - hacen su profesión solemne en la capilla de la Virgen María. Luego Ignacio celebra la Eucaristía y se vuelve hacia ellos, con la hostia en la mano, cada uno a su turno pronuncia la ofrenda:

"Yo (Jean Codure, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Pascasio Broet, Claudio Jayo), prometo a Dios todopoderoso, ante la Virgen su madre y toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y a vos Ignacio de Loyola, que ocupas el lugar de Dios, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según el estilo de vida definido en la Bula de la Compañía de Jesús y en las Constituciones promulgadas o a promulgar. Además prometo obedecer especialmente al Soberano Pontífice respecto a las misiones mencionadas en la Bula. Prometo además obediencia para instruir a los niños en los rudimentos de la fe, según la misma Bula y las Constituciones".

Luego de la misa, se dan el beso de la paz. Ignacio cuenta que luego "se hizo una gran paz que duró y fue aumentando en la alabanza de Jesucristo nuestro Señor".

Hace sólo dos días aceptó la elección unánime de los compañeros que, el 9 de abril, lo eligieron para Superior General. Antes de partir hacia Portugal, Francisco Javier y Simón Rodríguez se habían pronunciado, Pedro Fabro había hecho lo mismo desde Alemania. Pero Ignacio había pedido tiempo para reflexionar.

También, luego de su ordenación, había esperado dieciocho meses para celebrar su primera misa. Fue el 25 de diciembre de 1538, en Santa María Mayor, donde se encontraba una de las primeras reproducciones de la Gruta de Belén. Ahora estaba seguro de que Roma sería su "Tierra Santa".

En este momento se encuentra en San Pablo Extramuros, con sus compañeros que van a dejar, o han dejado ya el recinto de la ciudad. Pero él esa tarde, va a volver al interior de los muros, y no saldrá más de ellos.

Permanecerá allí para mantener en la unidad y la cohesión al Cuerpo que va a crecer.

VIII. PARA EL CRECIMIENTO DEL CUERPO

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Ejercicios, n.234

La casa es una vieja construcción, que tiene la ventaja de encontrarse en el centro de Roma, cerca del Capitolio y de la residencia pontificia, frente a una capilla dedicada a Nuestra Señora del Camino (Santa María della Strada). Muy pronto la Compañía obtendrá la responsabilidad de la parroquia y podrá construir sobre el terreno baldío que se encuentra a su alrededor. Entonces Ignacio se instalará en el presbiterio: tres pequeñas habitaciones de techo bajo, que será de ahora en adelante su morada.

Su trabajo es principalmente la redacción de las Constituciones de la Compañía de Jesús: no estarán terminadas en el momento de su muerte, siempre en la mesa de trabajo para tener en cuenta las observaciones de los compañeros y las nuevas experiencias.

Como los Ejercicios y todas las decisiones que ha tomado día tras día, las Constituciones han sido concebidas en la oración. Conservamos el testimonio gracias a algunos manuscritos que han escapado a la destrucción y a los que se ha dado el nombre de Diario Espiritual (prácticamente desconocido hasta el fin del siglo pasado, el Diario fue publicado solo recientemente). Ellos nos entregan un secreto que sus amigos no conocían cuando vivía.

EL HOMBRE EN ORACION

No es que, como los apóstoles a Jesús, no hayan intentado sorprenderlo. Laínez en especial anota sus observaciones:

De noche subía a la terraza al techo de la casa y permanecía tranquilo observando el cielo. Se quitaba el sombrero y miraba al cielo. Después caía de rodillas en profunda reverencia a Dios y se sentaba en seguida en un pequeño banco, ya que la debilidad del cuerpo no le permitía otra posición. Permanecía así con la cabeza descubierta y las lágrimas comenzaban a correrle como un río, pero con tanta dulzura que no sentía ni llanto, ni suspiro ni el menor movimiento del cuerpo. (Citado en la Vida de San Ignacio por Pedro Ribadeneira)

Lo que Laínez observó estaba escrito en los Ejercicios: el retirarse a un lugar favorable, el gesto reverencial que marca la entrada en oración, la elección de la postura más cómoda para encontrar lo que se busca, la tranquilidad y la inmovilidad física para mantener despierta la atención. Pero su descripción nos muestra hasta que punto los gestos y las actitudes no son recetas, ni precauciones excesivas que ahogan la oración y le quitan su espontaneidad; a tal punto parecen naturales y armoniosas.

Ignacio recomienda igualmente preparar el momento de la oración pensando en él por la noche, antes de dormirse, y por la mañana al despertar. Hasta los últimos años de su vida en su cuarto leía los textos de la misa del día siguiente y "preveía todo", escribe uno de sus familiares.

El mismo anota en su Diario cual fue su primer pensamiento al despertar y la reflexión que ha hecho antes de la oración: "deseando prepararme para la Misa, me preguntaba en primer lugar a quién encomendarme, y de qué manera. Me puse de rodillas en esta incertidumbre pensando por donde comenzar" (Diario Espiritual, n.32).

Es que, de parte del hombre que reza, lo importante es comenzar. Ignacio insiste sobre todo en ese punto:

elección del lugar, del tiempo, de la actitud, ofrecimiento de sí mismo, las maneras de rezar, las simbiosis de la oración y la respiración; pero también la elección de un tema, el punto de partida sensible; la participación de la imaginación, la meta a la que nos proponemos llegar. En resumen todo lo que expresa que no podemos partir más que del punto en que estamos, que no podemos rezar fuera de lo que somos. A nuestro entender, suele decirse que podemos elevarnos en un instante hasta el corazón de la ; Bienaventurada Trinidad! Sin embargo aún al final de su vida, Ignacio, ese familiar de la Trinidad, pasa todavía por los mediados, como él dice y recomienda: "orar a nuestra Señora para que ella pida a su Hijo, orar al Hijo para que pida al Padre" (Ejercicios, n.147). Es que tenemos necesidad, si somos humildemente verdaderos, de partir de lo sensible, de ver, de imaginar, de pasar por caminos familiares, por textos que cuentan, de hechos que suceden, de la Santa Virgen que fue de las nuestras, de Jesús que vivió entre nosotros... Ser llevados más lejos, ya no es nuestra tarea. Cuando Ignacio habla de lo que sucede bajo la acción de Dios, es siempre en términos pasivos: sentir, recibir, ser invadido, tomado, llevado...

CUARENTA DIAS DE ELECCION

A esta pasividad responde el actuar de Dios, como sucedió para la redacción de las Constituciones de la Compañía de Jesús. En ninguna otra parte tal vez, fuera del Diario, podemos captar mejor la integración recíproca de la oración y del trabajo de un hombre.

El modo que el Padre guardaba cuando hacía las Constituciones era decir Misa cada día y representar el punto que trataba a Dios y hacer oración sobre aquello y siempre hacía la oración con lágrimas. Yo deseaba ver todos aquellos papales de las Constituciones, le rogué me las dejase un poco; pero él no quiso. (Autobiografía, n.101)

Con esta nota de Luis Gonçalves da Câmara culmina el relato de la Autobiografía. Más dichosos que él, nosotros poseemos los "papeles" de que nos habla. En esta época, Ignacio reflexionaba sobre lo que sería el régimen de la

pobreza en la Compañía [1]. Según el método clásico, había anotado en una hoja de papel las razones a favor y en contra de tal o cual régimen. Personalmente se inclinaba por una pobreza radical. ¿Pero esta inclinación venía de Dios o solamente de él? Para saberlo, quería tener de Dios una "Confirmación": es la palabra clave del Diario en esa época.

Yo me siento. Contemplando en general, por así decirlo, el hecho de poseer totalmente o en absoluto; no tuve ningún deseo de examinar ninguna de las razones. Me venían otras ideas, a saber, cómo el Hijo envía a los Apóstoles a predicar la pobreza y cómo después el Espíritu Santo, dando su Espíritu y sus Lenguas los confirma, y así, el Padre y el Hijo enviado al Espíritu Santo, las tres Personas juntas confirmaron esta misión... Hice la oblación de no poseer nada... la tuve por ratificada, por válida, etc. (Diario, nn.15-16: mañana de 15 de febrero, antes de la Misa)

Pero esta confirmación global de la Santa Trinidad, que busca ardientemente, porque es el centro de toda decisión humana tomada según la voluntad de Dios, repentinamente parece ser cuestionada. Y esto, nos dice Ignacio, le sucedía por haber descuidado rezar a las Tres Personas. "Con tanto peso, y en tal aridez de todas las cosas espirituales", pasa algunos días como si estuviera "exilado". Ora insistentemente:

"Padre Eterno, confírmame; Hijo Eterno, confírmame; Espíritu Santo Eterno, confírmame; Santísima Trinidad, confírmame". Con tanto anhelo, devoción y lágrimas. Repitiendo esto muy seguido, y sintiéndolo tan profundamente. Con estas palabras: "Y, Padre Eterno ¿no me confirmarás Tú?, como si yo estuviera seguro del sí, lo mismo al Hijo y al Espíritu Santo. (Diario, n.40)

[1] En concreto, deliberaba si las iglesias de la Compañía podrían tener renta. El período que abarca el Diario Espiritual va desde el 2 de febrero de 1544 al 27 de febrero de 1545. Pero el tiempo de elección dura solamente los cuarenta primeros días (2 de febrero - 12 de marzo).

El 23 de febrero llega la confirmación esperada:

Viniendo Jesús a mi pensamiento, un deseo de seguirle, me pareció interiormente que, puesto que El es la cabeza de la Compañía, es un argumento para ir en toda pobreza más grande que todas las razones humanas, aunque me pareció que todas las otras razones vistas en la elección estaban a favor de la misma conclusión ... Me pareció que de alguna manera era obra de la Santísima Trinidad que Jesús se mostrara o se hiciera sentir, acordándome del día cuando el Padre me puso con el Hijo. (Diario, nn.66-67)

Este párrafo expresa el mismo movimiento que se dio en las iluminaciones de Manresa: de la Trinidad a Jesús, de Jesús a la Trinidad. Ignacio y la Compañía son tomados en este movimiento, está seguro de esto desde la visión de La Storta, que siente necesidad de recordar aquí, como si fuese una confirmación.

Pero en los días siguientes reconoce que, en su impaciencia, tal vez no se ha dejado conducir fielmente por Dios. También, su oración lo lleva a un "respeto" más grande de Dios y un mayor desinterés de sí mismo. El 12 de marzo, renuncia a buscar otros "signos". Se trata, escribe M.Giuliani, de decidir a favor de la pobreza total. Buscando sobre este punto la voluntad de Dios, Ignacio ha encontrado más aún: el secreto de la pobreza interior. (Diario, introducción)

"DISCRETA CARIDAD"

Esta disponibilidad, fruto de la integración de la oración y la reflexión, se traduce por una cierta elasticidad que parece caracterizar las Constituciones. Redactándolas, Ignacio no se interesa por transcribir solamente una experiencia del momento. Piensa también en el futuro. Está viviendo las convulsiones del siglo XVI. Sabe que la historia le reserva otras - a la Compañía. Desea por otra parte que el cuerpo se desarrolle.

¿Cuál será el principio suficientemente firme para que ni el número, ni el tiempo alteren la resolución primera y

suficientemente elástico para adaptarse a las leyes del crecimiento y de los cambios históricos?

Luego de muchos intentos, Ignacio forjó una fórmula original para expresar este principio: "Discreta Caridad". No intentemos traducir: la "discreción" no evoca la timidez, la reserva, la prudencia a corto plazo; ni el justo medio, las preocupaciones, las precauciones diplomáticas, lo que Ignacio quiere poner en relieve en esta expresión, es la unión indisoluble del amor (caridad) y del discernimiento (discreta).

El amor es la corriente que se origina en la Trinidad y vuelve a ella. Es en nosotros, el sentido de lo ilimitado que hace que ninguno de nuestros deseos se vea nunca colmado y deje "nuestro corazón inquieto hasta que no descansa en Dios" (S. Agustín). Es, para el apóstol la convicción de no haber hecho nada todavía y querer siempre hacer "aún más". Es finalmente ese sentido espiritual que nos hace capaces de "reconocer a Dios en todas las cosas".

El discernimiento para Ignacio es la encarnación del amor. Es, en nosotros, el sentido de los límites que obligan a elegir, entre tantos otros posibles, el mejor servicio, y que traduce el amor divino en una acción humana precisa. Es la humilde búsqueda de lo que Dios quiere "aquí y ahora".

El amor sin el discernimiento es un sueño que ya no pasa por el camino de los hombres y se pierde en un infinito sin contenido real. El discernimiento sin el amor es una búsqueda que seca a la persona que, incapaz de captar la finalidad de la acción humana, se pierde en el activismo.

Sólo la unión (amor-discernimiento), perfectamente vivido por Jesucristo, el Amor Encarnado, permite la síntesis de la contemplación y la acción, del deseo y la eficacia, de lo universal y lo particular.

Este es el principio que rigió la redacción de las Constituciones.

La respuesta a los llamados del amor "para la mayor gloria de Dios"; siempre más lejos, y "el mayor bien para

los hombres", encontrados en todas las circunstancias, ¿acaso puede librarse de reglas? "La ley interior que el Espíritu Santo imprime en nuestros corazones" es suficiente. Pero se necesitan las Constituciones para proponer los criterios de discernimiento que permitirán a la Compañía y a cada uno de sus miembros avanzar mejor por la vía del servicio" (Constituciones, n.134).

De esta manera para responder a los llamados es necesario que el cuerpo crezca. Pero seremos estrictos para admitir nuevos miembros, se les pondrá a prueba, se ayudará a los que no están hechos para este estilo de vida a buscar otro camino (Constituciones, I, II y III partes). Los que quedan se destinarán a "recorrer las distintas partes del mundo" para ayudar a todos los hombres. Sin embargo, comenzarán por largos años de estudios, ya que no se trata de que sean amables vagabundos, sino hombres lo más capaces posible, preparados para enfrentar todas las disciplinas y todas las culturas (Constituciones, IV parte).

Entonces se incorporarán a la Compañía prometiendo obedecer al Papa, para estar totalmente disponibles para las misiones, prometiendo también aportar un cuidado especial a la educación de los jóvenes en la fe, para que recuerden, aún si son embarcados en ministerios más brillantes, que la gloria de Dios debe buscarse en el más humilde de los servicios. La obediencia hará de ellos servidores, la pobreza los hará libres. Unidos a Cristo, libres para servir, para liberar a los hombres y ligarlos a Jesucristo (Constituciones, V, VI partes). En la elección de las misiones y los misioneros, el que envía será guiado por el criterio del amor: "el bien es tanto más divino cuanto más universal", y también por los criterios de la eficacia: "lo más urgente, lo más duradero". Pero el enviado deberá él mismo discernir en el lugar de acción los medios más convenientes para llevar a cabo su misión: no será un simple ejecutor (Constituciones, VII parte).

Dispersados para el amor, los compañeros estarán unidos por el amor: la obediencia los mantendrá en la unidad, la oración los reunirá en Cristo, pero no olvidarán los humildes métodos de la correspondencia, de la circulación de noticias, de la hospitalidad y de las reuniones

periódicas. Si el General es responsable de la unidad, no tanto por la centralización, sino por la comunión, cada uno en su lugar toma a su cargo, según sus medios, el mantenimiento y el desarrollo del cuerpo (Constituciones, VIII, IX y X partes).

Esto fue Ignacio, esto será todo jesuita fiel a su vocación. "Impaciente con los límites" pero capaz de pasar toda su vida entre los cuatro muros de una pequeña habitación. Un jesuita del siglo XVII expresó esto en una fórmula lapidaria: "no estar limitado, ni siquiera por lo inabarcable, encontrar sin embargo su lugar en lo ínfimo, esto es divino". "Lo inabarcable" es el amor; "lo ínfimo", es el discernimiento.

"DAME LA HUMILDAD AMOROSA"

El 30 de marzo de 1544, Ignacio anota en su Diario:

Me parecía (durante la oración) que la humildad, reverencia y acatamiento no debía ser temeroso, sino amoroso. Y esto se afirmaba en mi ánimo que repetía: dadme humildad amorosa...recibiendo en estas palabras nuevas visitaciones. Asimismo, combatiendo las lágrimas para llegar a esta humildad amorosa. Después en el día gozándome mucho en acordarme de esto, parecerme que no pararía, en esto, más que lo mismo sería después con las criaturas. (Diario, nn.178-179)

"Humildad amorosa", ¿no es acaso, cambiando las palabras, lo mismo que "discreta caridad"? Ante su Creador y Señor, Ignacio se sintió infinitamente pequeño, pero atraído por él se siente llevado por la corriente del amor Trinitario. Esto será, si Dios quiere, "la mínima Compañía de Jesús" (Constituciones, n.134).

No se detendrá aquí, por el amor de sus hermanos y de los hombres del mundo entero, por la música y los castaños de su país, por las humildes alegrías y los grandes dolores, con tal de que queden en primer lugar Dios y su servicio. Cómo podría detenerse allí el que un día superó todos los límites diciendo:

"Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad..."

28 de junio de 1553

Extracto de una carta de Ignacio a Francisco Javier.

Carísimo hermano en el Señor nuestro.

Hemos habido acá vuestras letras de 28 de enero del 52 más tarde que era razón...; y a esta causa no habréis habido respuesta cuan presto yo quisiera. Hemos entendido la puerta, que Dios nuestro Señor ha abierto a la predicación de su evangelio y conversión de las gentes en Japón y la China por vuestro ministerio, y nos consolamos mucho en la su divina majestad, esperando que el conocimiento y gloria suya cada día se haya más de extender, y entre gentes que puedan perpetuar y llevar adelante lo ganado con el divino favor...

(Sin embargo) mirando el mayor servicio de Dios N.S. y ayuda de las ánimas en esas regiones y cuánto depende de Portugal el bien dellas, me he determinado a mandaros en virtud de santa obediencia que, entre tantos caminos, toméis este de Portugal con la primera oportunidad de buen pasaje, y os lo mando en nombre de Cristo N.S., aunque sea para tornar presto a la India.

Primeramente, ya sabéis cuánto importa para la conservación y aumento de la Cristiandad en esas partes y en la Guinea y Brasil la buena orden que el rey de Portugal puede dar desde su reino; y un príncipe de tan cristianos deseos y santas intenciones como el rey de Portugal, siendo informado de quien sabe por experiencia las cosas de allá tan bien como vos, podéis pensar que se movería hacer muchas cosas en servicio de Dios N.S. y ayuda desas regiones...

Después importando tanto que la sede Apostólica tenga información cierta y entera de las cosas de la India y de personas que tenga crédito para ella... También sabéis lo que importa para el bien de las Indias que las personas que se envían allá, sean idóneas para el fin que se pretende en unas partes y otras. Para esto servirá mucho vuestra venida a Portugal... Sin estas razones, pienso que darías calor al rey para lo de Etiopía, que de tantos años a esta parte está para lo hacer, y no se ve nunca efecto. Asimismo en lo del Congo y Brasil...

Encomiéndome mucho de corazón a vuestras oraciones; ruego a la divina y suma bondad a todos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella perfectamente cumplamos. Todo vuestro en el Señor nuestro.

Ignacio

IX. EL CORAJE DE EMPRENDER

Lo propio del buen espíritu es dar coraje y fuerza, consolaciones, inspiraciones y descanso, disminuyendo y suprimiendo todos los obstáculos, para poder marchar hacia adelante.

Ejercicios, n.315

Francisco Javier no recibió la carta que acabamos de leer (cf. Cartas de San Ignacio, coll.Christus, DDB,1959). Había muerto el 2 de diciembre de 1552 en la isla de Sancian frente a China, la noticia llegó a Roma recién tres años más tarde!

Imaginamos a Francisco leyendo familiarmente por encima del hombro de su maestro a medida que escribe... Ignacio terminaba así una de sus cartas: "Todo vuestro, sin poder olvidaros jamás". Y Francisco respondía: "esas palabras, las leí llorando, y llorando las escribo. Lleno de recuerdos de antaño, pienso en el gran amor que habéis tenido, y que aun tenéis por mí..."

"Los recuerdos de antaño", son los años de compañerismo, hasta ese día de la primavera de 1540 en que Ignacio hace saber a Francisco que el rey de Portugal solicita hombres para las Indias:

-- ¡Esta es vuestra empresa!

-- ¡Pues! ¡Heme aquí!

¡De esta manera se va el apóstol! Lisboa, El Cabo, India, Las Molucas, el Japón, las puertas de la China: en total, casi 100.000 kilómetros.

Mientras tanto en Santa María della Strada, las solicitudes afluyen para Asia, Africa, América; el Papa quiere teólogos para el Concilio que acaba de comenzar en Trento; también se necesitan hombres en los puntos fuertes de la Reforma: Alemania, Francia, Irlanda. Se reclaman liceos, y los jesuitas se encuentran enseñando... ¿cómo responder?

Más que el deseo de volver a ver a sus amigos, esta pregunta explica la carta de junio de 1553, dictada por preocupación del bien más universal. Hay que traer a Francisco a un centro de decisión. Si lo aleja de Asia, será para el bien de Asia misma, pero también para Guinea, Brasil, el Congo, Etiopía... Su fuerza de persuasión estimulará al rey de Portugal, su celo apostólico suscitará vocaciones, su experiencia permitirá la elección de lo más aptos. Su alegría hará lo demás...

LLAMADO A LA ALEGRÍA

Una de las cartas de Francisco Javier había conmovido a Roma, a Portugal y a París. Fechada en Cochín, el 15 de enero de 1544, divulgada por los medios de su época, decía principalmente:

A menudo me vienen ganas de gritar contra las universidades, principalmente contra la universidad de París, como si estuviera en la Sorbona, y con todas mis fuerzas gritar como loco y fuera de mí. Dirigiría mis palabras gritando contra los que se vanaglorían de saber mucho, y no hacer que aprovechen de ella los que tienen necesidad... Ciertamente muchos tomarían entonces otro camino y otra manera de vivir, y desearían escuchar la voluntad divina; y después de haberla entendido, se esforzarían con grande y ferviente deseo de hacerla cumplir en ellos mismos más que permanecer siempre en el estudio de las letras: "Mi Dios, dirían, heme aquí pronto y preparado para aquello que deseáis que haga. Enviadme allí donde os plazca, a las Indias o al fin del mundo, mi Dios y Señor, si tal es vuestro placer"...

No sé más decirles a este respecto, sino lo siguiente: son tan grandes las consolaciones comunicadas por Dios nuestro Señor a los que trabajan entre los infieles para convertirlos a la fe de Cristo, que si existe alguna alegría en esta vida, es ésta. ¡Oh! si los que estudian las Ciencias trabajaran otro tanto para ponerse en condiciones de gustar estas consolaciones, así como dedican días y noches para adquirir

la ciencia. ¡Oh! ¡si las alegrías que un estudiante busca en la inteligencia de lo que él aprende, las buscasse en hacer sentir al prójimo lo que le es necesario para conocer y servir a Dios, cuánto más estaría consolado! (cf. X.Léon-Dufour, Saint François Xavier, Ed. La Colombe, 1953, p.34)

Llamado a la partida, a la alegría. No la que se basa en la satisfacción de sí mismo, sino la que pone en camino para tareas nuevas, como la Virgen María después de la Anunciación. Esta alegría de la que Ignacio dice que es lo propio de Dios cuando viene a visitarnos. Pese a las pruebas de estos últimos años, ella está en el corazón de Ignacio, da a los que la encuentran en el coraje de emprender y de perseverar en la casa de Roma, en la ciudad, en el mundo.

EN SANTA MARIA DELLA STRADA

La casa es demasiado pequeña, a veces muy ruidosa para el gusto de Ignacio, repleta de novicios, lugar de paso para los que vuelven de una misión, un verdadero desfile algunos días...

Diariamente ve a dos de sus familiares: su secretario, Juan de Polanco, hombre de trabajo y de espíritu muy claro, y Luis Gonçalves da Cámara, encargado de los asuntos de la casa, un hombre hábil para sacarle confidencias: le debemos el texto de la Autobiografía y un Memorial, que relata día tras día lo que sucedió entre el 26 de enero y el 23 de octubre de 1555 en la casa de Nuestra Señora della Strada.

Lo que llama la atención, es la extraordinaria sencillez que reina en ella. Todos veneran a Ignacio como un ser excepcional, pero cada uno conserva su libertad de opinión. Pide que se le llame por el nombre de bautismo; un día en que uno de sus familiares viene a visitarlo, el portero anuncia: "¡Iñigo! Araoz está aquí y quiere verte..." En la mesa, conversa de problemas comunes con sus comensales. El mismo come muy poco, pero muy lentamente para terminar al mismo tiempo que los otros. La carne no es siempre abundante: una vez, sirven algunos huevos y...

¡escarbadientes! A lo que uno de los comensales hizo notar que este accesorio era innecesario... Ignacio se divirtió mucho en esta ocasión.

Tiene dos preocupaciones cotidianas: los enfermos y los que son tentados. Cada día conversa con Gonçalves. A pesar de graves dificultades financieras, hace comprar una casa de campo, "la Viña"; ha previsto y organizado los juegos: una especie de rayuela y paleta.

Eleva el ánimo de los que lo rodean. A éste, que se reconoce indigno le cuenta llorando los pecados de su vida; al otro que acaba de decirle que no puede más, le responde: "Vamos, todo anda bien"; pero de tal manera, con una mirada tal, que esta simple frase pone fin a la falta de coraje. Si la formación de los jóvenes es muy exigente, siempre se dosifica: nada parecido al muy famoso: "molde jesuítico". Un novicio, de noble familia romana, parecía sufrir por estar ante la vista de todos construyendo un muro que daba a la calle. "Este no es vuestro trabajo" - le dice - tenéis otras cosas que hacer en la casa". Se dice que un día Pedro de Ribadeneira, novicio nuevo, habiendo imitado a espaldas de San Ignacio su cojera, se vio proponer la penitencia de su elección. Pedro solicitó un día libre para todos... y la tradición perpetuó un día libre en honor de "la pierna quebrada".

Sin embargo las normas de la vida son severas, e Ignacio vela por los mínimos errores, sobre todo los que perjudican al prójimo. No tiene el monopolio de las penitencias: el cocinero, por ejemplo, debe darlas a los que no avisan sus ausencias a las comidas, ¡aún si los ha retrasado el Papa! Muchos también son despedidos, pero Gonçalves observa que parten con pensamientos amistosos hacia Ignacio y la Compañía.

La amistad parece ser el toque característico de la comunidad. Ella emana de Ignacio, que desea compañeros antes que "hijos". Ella le es devuelta por pequeñas atenciones, sobre todo cuando está enfermo: le traen castañas asadas, al estilo de Azpeitia, o se le pide a André des Freux que toque el clavecín. ¡Y la música lo mejora sensiblemente! Dador de coraje, también lo recibe!

EN LA CIUDAD

La casa se abre sobre la ciudad, y la ciudad es, por un lado, la corte pontificia, por otro, el pueblo de los pobres: dos mundos.

Desde su llegada, los compañeros se han vuelto hacia los pequeños, y no solamente para predicarles la buena noticia. Durante el invierno de 1538-39, hicieron de la casa un asilo para socorrer a todos los que sufrían el hambre y el frío, se ocuparon de los judíos, de las prostitutas, de las jovencitas amenazadas. Supieron movilizar energías en favor de los más desheredados.

El otro mundo es la corte. En Roma, Ignacio conoció a cuatro Papas, Pablo III, que aprobó la Compañía, y Julio III, que la confirmó, se consagraron a la reforma de la Iglesia, pero les faltó encarar con coraje lo esencial: "Si el Papa se reforma, decía Ignacio, él y su casa, y los cardenales de Roma, no habría nada más que hacer, y todo lo demás se haría rápidamente y sin problemas". El hombre que esperaba, Marcelo II, murió tres semanas después de su elección. Su sucesor podía ser peligroso para la Compañía. Cardenal, Gian Pietro Caraffa había intentado oponerse a la fundación de la Compañía: el 23 de mayo de 1555, era elegido con el nombre de Pablo IV.

Ante esta noticia, cuenta Gonçalvez, Ignacio experimentó una viva conmoción y alteración de su rostro, y, como lo supo más tarde, todos sus huesos temblaban. Se levantó sin decir una palabra y entró en la capilla para hacer oración; y poco más tarde salía de ella, tan alegre y tan contento como si la elección se hubiera hecho de acuerdo con sus deseos. (Memorial, n.93)

¿No había dicho él mismo que le bastaría un cuarto de hora de oración para sobreponerse de la supresión de la Compañía? Su valor en la prueba tiene origen en Dios, como lo demás.

En las empresas que toma, escribe Gonçalvez, parece no utilizar ninguna prudencia humana. Al contrario parece apoyarse exclusivamente en la confianza en Dios. Pero así como parece pasar por encima de la

prudencia humana cuando realiza sus empresas, en cuanto tiene que continuar y buscar los medios que las hacen avanzar, usa de toda la prudencia humana y divina. Toda cosa que comienza parece que la trata primeramente con Dios; y como nosotros, no vemos que la trate con Dios quedamos admirados de ver como lo emprende. (Memorial, n.234)

Una manera de actuar que reencontramos en la sentencia que se le atribuye:

Que esta sea la primera regla de tus tareas: confíate en Dios, como si su éxito dependiera totalmente de tí, y no de Dios; aporta sin embargo toda tu actividad, como si no tuvieras nada que hacer y Dios todo".
[1]

POLITICA EUROPEA

"Toda tu actividad... todos tus medios", incluso la política, a condición de que la empresa haya sido primero "tratada con Dios".

Se ha hablado tanto del "poder" de los jesuitas que los biógrafos contemporáneos son extremadamente prudentes sobre la actividad política del fundador. Como si ese medio fuese indigno de él y de su proyecto apostólico - lo que por otra parte piensan de la política, y pese a la insistencia de la Iglesia un número demasiado grande de cristianos. Otros lamentan no encontrar en la obra de Ignacio el eco de un combate contra las formas de opresión

[1] Esta sentencia fue juzgada por algunos tan paradójica, que les pareció mejor invertir el orden de las proposiciones subordinadas. G.Fessard (*Dialectique des Exercices*, p.305ss) propone conservarla tal como está, y la explica así: fiarse de Dios supone que Dios quiere que la actividad del hombre se ejercite en todas sus empresas, "como si el éxito dependiera completamente de mí, no de Dios"; pero la acción humana debe finalmente referirse a Dios, término de toda empresa humana.

de su tiempo. Si bien es cierto que no ha podido plantearse problemas que saldrán a la luz mucho más tarde en la conciencia de la humanidad, es necesario recalcar, sin embargo que su insistencia al hablar de los beneficios eclesiásticos en el libro de los Ejercicios no es el fruto del azar ni un ejemplo sin importancia: es que era consciente, por haberlo vivido en su propia familia, de que los propietarios de tales beneficios formaban una clase de privilegiados, opresores de los pequeños.

No falta decir que se interesó especialmente por lo que se llama la "gran política", y que este interés, por extraño que parezca, no es indiferente a su proyecto global [2]. ¿Por qué proponer a Carlos V la organización de una flota en el Mediterráneo? ¿Por qué escribir una carta a Pedro Canisio, jesuita misionero, sobre el reglamento del problema alemán?

Una cosa al menos no nos sorprenderá, que su atención se haya centrado en dos puntos candentes de Europa, y en el nexo entre dos momentos de la historia: en el Mediterráneo, la guerra contra el Islam pertenece todavía a la era medieval, y en Alemania, la Reforma y el cisma de la cristianidad son un fenómeno de los tiempos modernos.

En 1552, Carlos V se desgasta en combates defensivos contra Solimán. Con su proyecto naval, Ignacio le propone retomar la iniciativa. Pero no para la gloria de las armas, sino para salvar a los cristianos hechos esclavos y a menudo obligados a renegar de la fe. Para restablecer las comunicaciones entre España e Italia, entre Europa, Africa y el Cercano Oriente; para realizar el voto de Montmartre
...

En Alemania, el país está dividido por el problema religioso, los "coloquios" no dan ningún resultado. El rey Fernando ha perdido el coraje. La carta de Ignacio que consta de una serie de proposiciones para la acción no es un programa de contra-reforma, sino una manera de decir a los responsables: "¡basta de miedo y de tergiversaciones!

[2] Cf. Dominique Bertrand, *La politique de saint Ignace de Loyola*, París, Cerf 1985.

Elijan entre todas las iniciativas posibles las que les parezcan mejores; y luego decídanse, actúen. Entonces re-encontrarán la confianza y la paz en la acción".

Enfrentar, retomar la iniciativa, elegir los medios, perseverar valientemente, estos son según vemos, los mismos consejos que encontramos en los Ejercicios. No podemos asombrarnos viniendo de un hombre que había unificado su vida hasta el punto que podía decir, en los últimos días, que "todas las veces que quería encontrar a Dios y a la hora que quería, lo encontraba" (Autobiografía, n.99)

EN TODO EL MUNDO

Lo encontraba aún más, seguramente, en la correspondencia que mantenía. Cada día decenas de cartas partían de Santa María della Strada con destino a ciudades de Europa, de las Indias, del Japón, dirigidas a los suyos o a otros personajes responsables, de diversas maneras, del destino de los hombres. Se han recogido más de seis mil, ¿pero cuántas se han perdido?... "Debo escribir a todo el mundo ... la otra noche, calculamos que las cartas que envíamos actualmente en todas las direcciones suman doscientas cincuenta", escribe ya en 1542 (cf. Cartas de San Ignacio).

El número no va en detrimento de la calidad. Cada carta se redacta dos veces. Gentilmente, le pide a Pedro Fabro que intente hacer lo mismo. Ponte en mi lugar, le dice en resumen; tus cartas contienen informaciones precisas pero presentadas sin orden, y están llenas de efusiones y de confidencias que ¡no puedo poner en manos de todo el mundo! Entonces, si quieres, escribe dos cartas, una para las informaciones y otra para las confidencias.

Observemos también la unidad de la vida cotidiana de Ignacio y el espíritu de los Ejercicios, respecto a la correspondencia: "En primer lugar, el amor debe ponerse en los actos más que en las palabras. En segundo lugar, el amor consiste en la mutua comunicación" (Ejercicios, nn.230-231). Si insiste tanto sobre la correspondencia en la Compañía es porque es la expresión de la comunión. Las cartas que envía son a menudo copiadas y difundidas, las que recibe deben poder ser mostradas a otros. Porque la

comunidad de los miembros entre ellos está hecha para una comunidad más amplia todavía: la de todos los hombres en el cuerpo de Cristo, y le corresponde a la Compañía, con su humilde aporte, asegurar el crecimiento. Es por eso, igualmente, que "los actos valen más que las palabras", las informaciones valen más que las efusiones, para discernir mejor lo que hay que encarar.

En el centro de la red, Ignacio es principalmente el hombre del discernimiento y la decisión, entregado al Espíritu de Dios, entregado a la atención de los hombres. Delineando en las Constituciones el retrato del General, dice:

Debería estar dotado de gran entendimiento y juicio, para que ni en las cosas especulativas ni en las prácticas que sucedan le falte este talento. Aunque la doctrina es muy necesaria para quien tendrá tantos doctos a su cargo, más necesaria es la prudencia y uso de las cosas espirituales e internas para discernir los espíritus varios y aconsejar y remediar a tantos que tendrán necesidades espirituales, y asimismo la discreción en las cosas externas y el modo de tratar cosas tan diversas, y conversar con tan diversas personas de dentro y de fuera de la Compañía (Constituciones, n.729)

¡El no pensaba hacer un autorretrato! Pero lo describe fielmente...

Y es para vivir esto hasta el final que el último correo partirá la noche del 30 de julio de 1556...

31 de julio de 1556

A principios de mes Ignacio fue a descansar en "la Viña". Fatiga extrema, sufrimientos intolerables... ¿acaso ha llegado el momento de reunirse con sus compañeros, Diego Hoces, "el primero que murió", Jean Codure, enseguida de la profesión de San Pablo Extramuros, y Pedro Fabro al regreso de todos sus viajes y Francisco Javier delante de China?...

Los últimos días, regresó a Santa María della Strada y volvió a someterse a los cuidados del médico.

Ayer de tarde, jueves, se ocupó una vez más de los problemas cotidianos, como todos los días. Luego le pidió a Juan de Polanco que fuera a ver al Papa para solicitarle la bendición de los agonizantes. Pero el médico no estaba preocupado y Polanco le hizo notar que faltaba un importante correo para hacer salir de urgencia. ¡El correo! ¡Los compañeros!...

-- Está bien. Haga como quiera. Me pongo en sus manos.

Y queda solo.

Hacia la medianoche, el hermano que ocupa el dormitorio de al lado escucha:

-- ¡Dios mío!

Luego, silencio.

Por la madrugada del 31, entran en su cuarto. Entró en agonía. Polanco se precipita en la Residencia del Papa. Cuando vuelve con la bendición, Iñigo ha muerto.

Mil compañeros, repartidos "por todo el mundo", van a enterarse poco a poco de la noticia, anunciada por Polanco: partió "sin llamarnos para darnos su bendición, sin designar sucesor, sin hacer las últimas correcciones a las Constituciones, sin ninguno de esos gestos solemnes que los servidores de Dios acostumbran a hacer... Murió de la manera más común del mundo".

